

GLORIA

Comedia en un acto, de Eduardo Mendoza

1

Salón de un piso de lujo. Detrás del salón, el vestíbulo y la puerta de entrada al piso. A la izquierda, dos puertas (1 y 2) que dan al comedor y a la zona de servicio. A la derecha, dos puertas más (3 y 4) que dan a las habitaciones. Un ventanal con las cortinas descorridas deja ver una terraza o un balcón. Noche cerrada. Muebles diversos: una cómoda antigua con espejo, un sofá grande, butacas, etcétera. Cuadros modernos en las paredes. Una chimenea apagada. Por la puerta 3 entra GLORIA envuelta en una toalla. Es evidente que sale de la ducha. Suena la radio.

VOZ DE LOCUTORA.—

Repsol les ofrece EL TIEMPO.

VOZ DE LOCUTOR.—

Hola, muy buenas noches. Ha llegado el invierno y ha llegado de repente, y con mucha virulencia. En estos momentos el termómetro está un poco por debajo de cero en la ciudad de Barcelona. Temperaturas, pues, muy bajas, con tendencia a bajar todavía más, y acompañadas de viento y quizás de nieve en las próximas horas. Fuertes nevadas que serán intensas en toda Cataluña. (GLORIA *corre las cortinas del ventanal.*) La cota de nieve también muy baja. Todo esto debido a un frente de aire polar que en estos momentos tenemos justo encima y que tiene la culpa de este cambio tan repentino en las condiciones meteorológicas. (GLORIA *se dirige a la chimenea, aprieta un botón de la pared y se encienden los troncos.*) Pero la situación es pasajera. Mañana el tiempo seguirá como hoy, pero a primera hora de la tarde o hacia el anochecer empezará a mejorar un poco. Aunque no mucho. Nos esperan días de frío y de inestabilidad. Nieve y hielo en las carreteras. Si no es estrictamente necesario, es mejor no coger el coche y, en todo caso, no viajar de noche. Lo mejor: quedarse en casa bien abrigados y esperar a que la situación mejore. Y eso es todo. Buenas noches.

GLORIA *apaga la radio, se queda quieta delante del espejo, se mira pensativa.*

GLORIA.—

Pasan los años y yo no cambio. A mi edad las demás mujeres empiezan a tener canas, patas de gallo, arrugas por todas partes, estrías en los muslos, las nalgas descolgadas, los pechos flácidos; hasta los ojos pierden resplandor. Yo no me noto estos estragos. (Pausa.) Quizás sea éste el primer síntoma de

envejecimiento. (*Pausa.*) No sé qué pensar: miro mis fotos de hace veinte años y me parece que no he cambiado. Pero si las enseño me preguntan: y es esta chica, ¿quién es? Las personas, ya se sabe, no son fisonomistas. ¡Ay! (*Está a punto de caérsele la toalla. Se la anuda sin dejar de mirarse al espejo.*) (*Pausa.*)

No sé si ponerme el vestido verde o el rojo. El rojo produce más efecto. Pero el verde me sienta mejor y es más elegante. Un dilema verdaderamente estúpido comparado con el drama terrible de la vida. Quizás no éste el momento de decirlo pero la vida es un dolor sin sentido. Un vacío doloroso entre el error de nacer y el absurdo de morir. ¡Ay! (*Está a punto de caérsele la toalla. Se la vuelve a anudar.*) Con estas ideas, todo lo hago de prisa y de cualquier manera, como ahora. Él siempre me lo decía. Ya es tarde y yo todavía sin arreglar. ¡Ay de mí, todo me aburre y me atormenta! (*Suena el timbre. GLORIA no lo oye o no le hace caso.*) No me importaría matarme si la vida no fuera tan trivial. Pero los minutos y las horas, los días y los años pasan volando y yo nunca encuentro un momento adecuado para suicidarme. (*Vuelve a sonar el timbre. La toalla está a punto de caérsele.*) Hoy me gustaría ponerme el vestido rojo. Es un poco escotado, tal vez demasiado y tiene una abertura que llega a medio muslo o más arriba.

Vuelve a sonar el timbre. Desde dentro se oye la voz de RICKY que sale de la puerta 4.

RICKY (*dentro*).—
¡Gloria! ¡Llaman!

GLORIA.—
No está bien que yo lo diga, pero con el vestido rojo estoy la mar de sexy. Y a él era el que más le gustaba. Naturalmente, acabaré poniéndome el verde. Pero si un día llegara a suicidarme, querría que me enterraran con el rojo.

Vuelve a sonar el timbre con insistencia.

RICKY (*dentro*).—
¡Gloria! ¡Están llamando! ¿No lo oyes?

GLORIA.—
¡No puedo abrir! ¡Salgo de la ducha y estoy desnuda!

(Vuelve a sonar el timbre.)

¡Ve tú!

GLORIA.

(sale por la puerta 3.)

Por la puerta 4 entra RICKY a medio vestir: pantalones y camisa, calcetines. En la mano lleva los zapatos y la corbata deshecha, colgada del cuello.

RICKY.—

¡Está bien, ya voy!

(Vuelve a sonar el timbre.)

¡He dicho que ya voy!

Abre la puerta de entrada al piso.

GABRIELLE.—

Buona sera, ¿il signor Errico Montonero?

RICKY.—

Montaner. Enrique Montaner. ¿Y usted es...?

GABRIELLE.—

Gabrielle... de l'agenzia...*(Pausa.)* Il cameriero...

RICKY.—

Ah, sí, adelante, adelante.

Entra GABRIELLE. Es un hombre bajo, con un gran bigote negro. No lleva abrigo; sólo una bufanda al cuello. En la mano lleva una maleta pequeña.

GABRIELLE.—

Gracie. *(Deja la maleta en el suelo y se frota las manos.)* Fa un fredo veramente terribile. Cosa stranna a Barcelona que ha un clima tanto benigno e tanto buono. Qui, però, fa molto caldo.

RICKY.—

M'escusi..., cosí, de ripenti... no mi ricordaba... i como me hablaba en italiano io non sapeba...

GABRIELLE.—

Es que io sono italiano, ma laboro a Barcelona da tre anni fa, e ho imparato il castigliano. Si el señor prefiere...

RICKY.—

Oh, sí, sí, hablemos en castellano.

GABRIELLE.—

Gracias. Yo también lo prefiero, me conviene practicar... pero todo el mundo quiere que hable en italiano: da un aire más distinguido a las reuniones, y se entiende tan bien... Permítame.

Le hace el nudo de la corbata con gran habilidad y rapidez.

RICKY .—

(sorprendido por esta eficacia un poco agresiva).—

Gracias. *(Pausa.)* Los invitados no tardarán en llegar. Vaya a la cocina y empiece a prepararlo todo.

GABRIELLE *(cogiendo la maleta).—*

Me tengo que cambiar.

RICKY.—

Es verdad. *(Señala la puerta 4.)* Al final del pasillo, a la izquierda, encontrará una habitación vacía. Allí se puede cambiar. Después mi mujer le dirá lo que ha de hacer.

GABRIELLE sale por la puerta 4 RICKY se sienta en el sofá y empieza a arreglarse los puños de la camisa.

GLORIA *(dentro).—*

¡Aaaaaaaaaaaaaah!

GABRIELLE *(dentro).—*

Scusi, signora...

3

Ruido de puertas. RICKY acaba de arreglarse los puños de la camisa. Entra GLORIA por la puerta 3 con un vestido negro con la cremallera abierta. Lleva las medias y los zapatos en la mano. Se sienta en la otra punta del sofá y empieza a ponerse las medias.

GLORIA.—

¿A que no sabes lo que me acaba de pasar? Me estaba vistiendo y se ha metido un fulano en mi habitación.

RICKY.—

Sí, era el camarero que pedí a la agencia. Se habrá hecho un lío con las puertas. Este piso es un laberinto.

GLORIA.—

Me ha parecido que hablaba en italiano.

RICKY.—

Porque lo es. Pero habla el castellano como tú y como yo.

Sin levantarse, da una palmada en el aire.

GLORIA.—

¿Qué haces?

RICKY.—

He visto un mosquito.

GLORIA.—

No hay ninguno, Ricky. Estamos en pleno invierno y en invierno no hay mosquitos.

RICKY.—

Me había parecido ver uno.

GLORIA (*cogiéndole la mano*).—

Todo saldrá bien, Ricky. Nadie tiene la culpa de lo que ha pasado. Ni tú, ni yo, ni Silvia; ni siquiera Coponius.

RICKY.—

Lo mismo da: lo pagaremos todos, como si la tuviéramos.

GLORIA.—

No, Ricky, sólo pagaremos nuestra imprevisión. Desde que fundamos la editorial sabíamos que todo el capital pertenecía a Coponius, y que Coponius lo había invertido únicamente por Silvia. No se pueden hacer negocios basados en la felicidad matrimonial.

RICKY.—

Ya lo sé. Pero retirar ahora el dinero..., sólo por venganza..., es una mezquindad.

GLORIA.—

Fue Silvia la que lo dejó, de repente, sin darle ni siquiera una oportunidad. Coponius todavía la quiere, y lucha con las armas de que dispone.

RICKY.—

Una mezquindad justificada no deja de ser una mezquindad. La editorial, como empresa, es solvente.

GLORIA.—

Ricky, la editorial, como empresa, es un desastre.

RICKY.—

¿Qué quieres decir?

GLORIA.—

He estado haciendo números...

RICKY.—

Te habrás equivocado.

GLORIA.—

Desde que Coponius nos comunicó sus intenciones, he hablado con los bandos, con la distribuidora, con el gremio de editores, con la Dirección General del Libro, he hablado incluso con Carmen Balcells...

RICKY.—

¿Y el resultado?

GLORIA.—

Nada de nada, nothing, ni un duro. Alles kaput, Ricky.

RICKY.—

Lo dices en tono de reproche, como si fuera culpa mía. Eres tú quien se ocupa de la contabilidad

GLORIA.—

Precisamente. La culpa no es nunca del que lleva los asuntos, sino del que se desentiende de ellos.

RICKY.—

Pero ¿cómo puede ser? El país va viento en popa, la inflación es mínima, los tipos de interés bajan medio punto cada día, la bolsa sube, todas las empresas hacen enormes beneficios. Hasta los pobres son ricos. Y nosotros... ¿qué explicación tiene?

GLORIA.—

No es oro todo lo que reluce.

RICKY.—

¿Esto es todo lo que se te ocurre? ¿Un refrán?

GLORIA.—

Bueno, quizás sale más de lo que entra. ¿Te convence esta explicación? Pues ayúdame a abrocharme la cremallera.

Se da la vuelta. RICKY le abrocha la cremallera y la coge por los hombros.

RICKY.—

Llevas un vestido muy bonito.

GLORIA se da otra vez la vuelta y se baja la falda que se había subido para ponerse las medias.

GLORIA.—

Ricky, ya sabes que no puede ser.

Se levanta y sale por la puerta 3.

RICKY (*con un zapato en la mano*).—

Amar o no amar, ésta es la cuestión. Y si amamos, ¿cuál ha de ser el objeto razonable del amor? La mujer, los hijos, el trabajo, la ciudad en que uno vive, la casa, el país, si alguien sabe qué quiere decir esta palabra; tal vez los zapatos...

ah...*(Pausa.)* Es el triste destino de un hombre como yo, que he leído tanto, que tanto he meditado, que lo he subordinado todo en la vida a la curiosidad intelectual, acabar hablando con mis propios zapatos. Además de castellano y catalán, hablo francés. ¿Inglés? ¡con las manos atadas a la espalda! Ich spreche auch Deutsch. Jawohl! Y tantos idiomas, a fin de cuentas, ¿de qué me sirven? Nuestra realidad desafía cualquier intento de formalización verbal. ¡Afán estéril! Sé tantas cosas que nadie me hace caso, y mi mujer, menos que nadie.

Suena el timbre de la puerta del piso..

Entra GABRIELLE por 4 vestido de camarero.

GABRIELLE.—

Acabe de vestirse, señor, yo atenderé a la puerta.

Vuelve a sonar el timbre con insistencia. GABRIELLE se estira los puños de la camisa y va a abrir. RICKY, al quedarse solo, da una palmada para matar un mosquito.

5

GABRIELLE.—

Buona sera, signorina.

SILVIA.—

¡Llevo una hora llamando! ¿Y usted quién es?

GABRIELLE.—

Gabrielle, para servirla.

SILVIA.—

¿El mayordomo?

GABRIELLE.—

Freelance.

SILVIA.—

¿Y habla algún idioma concreto o sólo este popurrí?

SILVIA se quita el abrigo de pieles, entrega a GABRIELLE el abrigo y el bolso y entra muy decidida en la casa. RICKY se levanta y va hacia ella.

RICKY.—

¡Silvia! No te esperábamos tan pronto.

SILVIA.—

Tenía miedo de llegar tarde. ¿Y Gloria? ¿Qué haces a medio vestir?

RICKY.—

Nada. Me había distraído hablando solo.

SILVIA.—

Una ocupación propia de sabios
y de locos. (*A GABRIELLE.*) Y usted,
aparte de recoger abrigos y de hablar italiano,
¿sabe hacer algo más?

GABRIELLE.—

Sissignora.

SILVIA.—

Pues tráigame un whisky.
Que no sea de malta ni de esos
que están de moda y saben a betún.

GABRIELLE.—

¿Con hielo?

SILVIA.—

Dos cubitos.

GABRIELLE *no sabe a dónde ha de ir.* RICKY *le señala la puerta 1.* GABRIELLE *sale por 1 llevándose el abrigo y el bolso.*

SILVIA (*a RICKY*).—

Me parece ostentoso.
Habrás visto, ¡un mayordomo!

RICKY.—

Camarero.

SILVIA.—

Pretendía hablarme en italiano.

RICKY.—

Es italiano.

SILVIA.—

Pues que lo disimule. (*RICKY da una palmada al aire.*)
¿Mosquitos, Ricky? (*Pausa.*) Esta mañana he tenido un reunión
de abogados. Una más.
El también ha ido. Ha estado
muy violento y agresivo.
Insiste en interponer la demanda.
No hay nada que hacer.

RICKY.—

Y tú,
¿qué les has dicho?

SILVIA.—

¿Qué querías que le dijera?
 Que lucharé hasta el final.
 Es mi hijo, Ricky. ¡Mi hijo!
 Y suyo también. Pero no podemos partirlo
 por la mitad, como el rey Salomón.
 Ha de ser del uno o del otro.
 Y yo no lo quiero perder.

RICKY.—

No hay motivo alguno
 para que el juez te lo quite.

SILVIA.—

Tú no sabes lo que pueden hacer
 los abogados.

RICKY.—

Tú también tienes abogados.

SILVIA.—

Yo no tengo un duro, Ricky;
 sólo puedo pagar a una nena
 que acabó la carrera hace un año
 y todavía cree en la justicia.
 ¡Ya me dirás adónde iremos a parar!
 (*Pausa.*) Hace una hora
 que le he pedido un whisky a tu cameriere
 y aún lo espero.

RICKY.—

Se habrá vuelto a perder
 por los pasillos. Este piso
 es un laberinto. Antes
 se ha metido sin querer
 en la habitación de Gloria
 cuando se estaba vistiendo.

SILVIA.—

Todos hacéis lo mismo. Y siempre
 con la misma excusa:
 ha sido sin querer.

RICKY.—

Y los abogados de Coponius,
 ¿qué alegan?

SILVIA.—

Lo de siempre:
 inestabilidad económica y emocional,
 vida desordenada...

RICKY.—

Pero esto es mentira.

SILVIA.—

Hasta cierto punto.
 Cuando nos separamos,
 por mala conciencia
 o por imprevisión
 acepté todos los cargos.
 Metí la pata. Luego
 el mal ya estaba hecho. Si ahora declaro
 que no estoy loca ni llevo
 una vida disoluta,
 ¿quién lo creeré?
 Soy una mujer sola, todavía joven,
 o al menos que cree serlo,
 separada y encima
 con pinta de intelectual:
 este perfil se denomina
 un pendón, Ricky.
 Además, un proceso puede durar
 muchos años, en cualquier momento
 puedo cometer un error. Coponius
 me vigila. Ha contratado
 a un detective que me sigue
 día y noche, a todas partes.

RICKY.—

¿Un detective? ¿estás segura?

SILVIA.—

No tengo pruebas,
 pero lo noto. Y los detectives
 son mala gente, Ricky.
 Con tal de justificar sus facturas
 son capaces de tergiversarlo todo,
 de inventar cualquier historia.
*(Entra GABRIELLE por 1; lleva una bandeja con el whisky. SILVIA lo coge y
 bebe un sorbo.)*
 Tráigame otro, por favor.
 Y no hace falta que tarde tanto.

GABRIELLE.—

Scusi, signorina, no trovaba il gelo.

RICKY.—

Tráigame un whisky a mí también.

SILVIA.—

Y mi bolso. Me he dejado el tabaco.

RICKY.—

¿Has vuelto a fumar?

SILVIA.—

De cuando en cuando. He leído
que si fumas a escondidas no hace daño.

GABRIELLE *sale por 1.*

RICKY.—

Y el niño, ¿quiere quedarse contigo
o irse a vivir con su padre?

SILVIA.—

¿El niño? Pobre, no lo sabe.
Y yo no quiero que lo sepa. No quiero
que intervenga en esto. Pase lo que pase,
no quiero que la decisión sea suya.
Sería cruel hacerle decidir una cosa
tan importante. ¿Que decida él mismo algo
que marcará su vida? Por el amor de Dios, sólo tiene
cinco años. No, no, prefiero mil veces
que lo decida el juez, aunque sea en mi contra,
por las razones más inhumanas y arbitrarias.
El niño no tiene nada que ver en este asunto.
Él sólo quiere una cosa, Ricky: ser feliz.
Todos los niños quieren ser felices.
Si han de sufrir, contravienen su naturaleza.
Se han de violentar para no ser felices,
para no gozar de la vida a cada instante.
Y cuando son infelices, son doblemente infelices.
(*Apura el whisky de un sorbo.*)
Hacerse mayor es esto: resignarse
a ser infeliz. Como tú y como yo.
Pero quiero ganar, Ricky.
No quiero que me quiten a mi hijo.
Y para ganar necesito dinero.
(*Pausa.*) ¿Crees que vendrá?

RICKY.—

¿Quién? ¿nuestro cliente?
Seguro que vendrá.
¡Vaya pregunta! ¿Por qué

no había de venir? Fue él
quien me llamó.

SILVIA.—

A lo mejor también llamó
a otras empresas. Nosotros lo hacemos:
llamamos a cinco o seis proveedores
pidiendo presupuestos, fingiendo
un gran interés, y después, con toda frialdad,
comparamos y elegimos al que nos conviene.

RICKY.—

Silvia, acabas de descubrir
la economía de mercado. Enhorabuena.
(*Pausa.*) Vendrá, mujer, vendrá,
pero no vendrá atado de pies y manos.
Lo hemos de convencer y no parece
tonto. Hemos de demostrar
que somos una gente seria
y competente. Piensa en esto y no te dejes
dominar por los nervios.

Entra GABRIELLE por 1 con los whiskies y el bolso de SILVIA. SILVIA y RICKY cogen sus vasos.

SILVIA.—

Gracias.
(*A RICKY*) Por mí no te preocupes. Si hace falta
sé como he de comportarme. Ahora
estoy un poco agitada, por lo que te he dicho,
pero pronto estaré bien. En casa
me he tomado una pastilla de Balium,
en el momento de salir. En seguida
me hará efecto. A decir verdad
ya estoy mejor. Mucho mejor.
(*SILVIA abre el bolso y saca un paquete de cigarrillos. Suena el timbre. SILVIA da un grito y vuelve a meter el paquete de cigarrillos en el bolso.*)
¡Ay, Dios mío! ¡Es él! ¡Ya está aquí!

RICKY.—

No creo. Es pronto. Gabrielle,
vaya a abrir.

GABRIELLE.—

Sissignore.

GABRIELLE va a abrir.

SILVIA *bebe whisky a pequeños sorbos.*

RICKY *sigue el vuelo de un mosquito con los ojos.*

Pausa.

GABRIELLE.—

Gracie.

(Coge un gran ramo de flores, cierra la puerta y vuelve a la sala.)

Per la signora de la casa.

RICKY *(A SILVIA).*—

¿Lo ves?

SILVIA.—

¿Lo manda él?

RICKY *(leyendo la tarjeta).*—

Claro. Da las gracias
por anticipado.

SILVIA.—

A lo mejor se trata únicamente
de una velada excusa.

RICKY.—

No te pongas paranoica: las reglas
del libre mercado no incluyen flores.
Vendrá. Gabrielle, ponga estas flores
en un jarro. Los verá en la cocina,
de todos los tamaños.

SILVIA *(acabándose el whisky de un sorbo).*—

No. Lo haré yo misma. Me gusta arreglar flores.
Hace unos años, antes de ser madre,
hice un cursillo. Estudiábamos
la técnica japonesa del arreglo floral,
que los japoneses llaman ikebana.
Lo he olvidado casi todo, pero recuerdo
que el bambú simbolizaba la prosperidad
y el albaricoque, aunque no lo parezca,
la pureza. Era importante que las flores
captaran la luz sin obstruir la visión
de otros objetos bellos, como yo misma,
y que representaran la unión del cielo
con la tierra y los seres humanos. De paso
me tomaré otro whisky en la cocina. No sé
cómo se llama en japonés el arte de tomar whiskies.
Quizás hara-kiri. Vuelvo en seguida.

SILVIA *sale por 2, seguida de GABRIELLE, que lleva las flores.*

7

RICKY, *solo, empieza a beber su whisky poco a poco. Con los ojos sigue el vuelo de un mosquito. Intenta atraparlo un par de veces. Al final lo deja estar.*
Por 4 entra GLORIA peinada y arreglada.

GLORIA.—
¿Qué haces aquí, tan solo? Por lo menos
han llamado dos veces.

RICKY.—
Silvia ha llegado hace un rato.
Ha ido un momento a la cocina.
Está fatal.

GLORIA.—
Por el problema del niño
y del animal de su marido.

RICKY.—
¿Cómo lo sabes?

GLORIA.—
He hablado con ella este mediodía,
por teléfono. Los abogados y los jueces
son unos monstruos y todos los hombres,
más o menos, lo mismo. A una mujer
no se le puede robar un hijo.

RICKY.—
También es hijo de Coponius.

GLORIA.—
¿Ves como estás de su parte?

RICKY.—
Yo no estoy de parte de nadie.
Los dos son amigos míos
desde hace muchos años,
los quiero mucho y deseo
los mejor para los dos, juntos
o separados. Y también quiero
al niño. Lo he visto nacer. Lo quiero
como a los míos. Mejor dicho,
como a los nuestros. Creo
que su bienestar y su tranquilidad
de espíritu están por encima
de cualquier otra consideración.

Haré cuanto esté en mi mano
para que todo se arregle pronto
y en forma pacífica y satisfactoria.
¿Son éstos los sentimientos de un monstruo?

GLORIA.—

Sí (*Pausa.*) ¿Qué hace Silvia
en la cocina tanto rato?

RICKY.—

Arregla el ramo de flores
que te han mandado. A la manera
japonesa. Toma.

(*Le da la tarjeta. GLORIA la lee, abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar.*)

¿Qué te pasa?

GLORIA.—

No lo sé. No me fio.
Sólo es un presentimiento, pero estoy segura
de que este negocio es una estafa.

RICKY.—

¿Lo has deducido de la tarjeta
te lo ha dicho una voz de otra galaxia?

GLORIA.—

¿Cómo has conocido a este personaje?

RICKY.—

Del modo más natural: hace unos días
comentaba con un amigo la decisión de Coponius
de retirar el dinero de la empresa
y él me dijo que conocía a alguien
que podría estar interesado en invertir.
Al día siguiente recibí una llamada, hablamos,
le invité a venir a casa par cerrar el negocio
y de aquí vienen las flores, el cameriere,
los nervios de Silvia y tus absurdas
aprensiones. ¿Alguna pregunta más?

GLORIA.—

Sí, una: ¿qué interés puede tener alguien que no nos conoce
en jugarse el dinero por nosotros? ¿Eh?

8

Por la puerta 1 entra SILVIA seguida de GABRIELLE. Lleva en la mano un jarro con cuatro flores mustias y rotas: es todo lo que queda del ramo.

SILVIA.—
Ya está.

GLORIA y RICKY *se miran con preocupación.*

GLORIA.—
Hola, Silvia... Llevas
un vestido muy bonito.

SILVIA.—
¿Dónde?

GLORIA.—
Puesto. ¿Te encuentras bien?

SILVIA.—
Bastante bien: tranquila
y muy animada; en la cocina
me he tomado un whisky
(*A sus espaldas, GABRIELLE indica con los dedos que han sido dos.*)
y antes de venir, un Balium.
¿De qué hablabais?

RICKY.—
De nada...

GLORIA.—
De la editorial...

RICKY.—
En términos generales.
Gloria ha estado haciendo números...

SILVIA.—
¿De qué tipo?

GLORIA.—
Guarismos, guapa.

SILVIA.—
Me refería a si estábamos
en números rojos.

GLORIA.—
Más rojos que un pimiento.

RICKY.—
¡Vaya una manera

de plantear la situación!

SILVIA.—

Está bien, Ricky, así es mejor.
 Prefiero saber la verdad.
 Soy una mujer madura; puedo
 aprontar la situación serenamente.
 Gloria, te agradezco la sinceridad.
 Ricky, por favor, sosténme el jarro.

RICKY *coge el jarro y SILVIA se desploma.*

GABRIELLE.—

O, la signorina svenuta!

RICKY (*a GLORIA*).—

¡Mira lo que has hecho! No debías
 haberla alarmado de este modo. ¡Vaya una amiga!
 ¡Todas las feministas sois iguales!

GLORIA.—

Deja de vociferar y haz algo.

RICKY (*se agacha junto al cuerpo de SILVIA*).—

No parece grave: respira
 con regularidad. Hace un rato me decía
 que antes de salir se había tomado una pastilla
 para los nervios y desde que ha llegado
 por lo menos se ha bebido tres whiskies.

GABRIELLE *indica por señas que cuatro.*

GLORIA (*observándola desde lejos*).—

Está muy pálida. Tendríamos que llevarla
 en seguida al hospital. Llamaré para que manden
 una ambulancia.

RICKY.—

¡No, no, espera!
 ¡No podemos llevarla al hospital!
 La internarían para tenerla en observación.
 Quizás darían parte a la policía. Su nombre
 podría salir en los periódicos. Coponius
 la tiene sometida a vigilancia constante.
 Si se entera de que ha sufrido un colapso
 por haber ingerido sustancias tóxicas
 y de que ha ingresado en un hospital
 bajo los efectos del alcohol, ya te puedes imaginar
 lo que hará. Y también lo que hará el juez.

GLORIA.—

Pues, ¿qué hacemos?

RICKY.—

Esperar. Lo más probable
es que se recupere en un santiamén

GLORIA.—

¿Y si no se recupera?
¿Y si se nos muere por falta de atención?

GABRIELLE.—

Io non sono responsabile.
Yo sólo soy el cameriere.

RICKY (*dando una palmada al aire*).—

¡No nos pongamos nerviosos!
Voy a llamar a Oriol. (*A GABRIELLE*) Es un amigo médico
y está al corriente de la situación. El nos dirá
lo que hay que hacer. Pero antes
tendríamos que llevarla a la cama.
Aquí no se puede quedar. Gabrielle,
ayúdeme. Gloria, regístrale el bolso.
A ver si encuentras las pastillas.

RICKY y GABRIELLE *levantan a SILVIA y salen por 4.*

GABRIELLE (*saliendo*).—

Li fa odorare un po
d'aceto balsamico.

9

GLORIA, *sola*, abre el bolso de SILVIA. Saca un tubo de pastillas. Lo deja sobre la mesa. Saca otro, y otro, hasta cinco o seis. Sigue registrando el bolso y saca una pistola pequeña. Alarmada, se levanta y la esconde en el cajón de un mueble. Vuelve a sentarse y a registrar el bolso. Saca una agenda o un cuaderno. La abre y empieza a leer, pero es interrumpida por RICKY, que entra por 4 poniéndose el abrigo, seguido por GABRIELLE. GLORIA esconde la agenda bajo el cojín del sofá.

RICKY.—

Todo solucionado. Oriol cree que no es grave:
dice que ha sido un coma de diazepam
provocado por el alcohol. Dice
que con una inyección de un miligramo
de flumacénil se le pasará en un abrir
y cerrar de ojos. Voy en un salto a la farmacia de guardia.

GLORIA.—

Ya voy yo.

RICKY.—

¿Con este vestido?
A estas horas y con el frío que hace...
¿No has oído la radio?
Cogeré un taxi para no tener que aparcar
y estaré de vuelta en diez minutos. Ocúpate
de Silvia y si nuestro cliente
llega antes que yo, entreténlo.
Dile que he tenido que salir,
dale cualquier excusa.
Y lleva la conversación hacia la editorial.
Enséñale el balance y la cuenta de resultados
del año pasado, y la memoria, y el informe
de gestión social correspondiente a aquel
ejercicio. No le hables de este año.
Vuelvo en seguida.

RICKY *sale por la puerta de entrada.*

GLORIA (*a GABRIELLE*).—

Tráigame un whisky, por favor.
No me vendrá mal.

GABRIELLE.—

¿Con dos cubitos?

GLORIA.—

Sin hielo; y con un poco de agua.
Y traiga también algo de picar.
En el microondas hay una bandeja de croquetas.

GABRIELLE.—

Vado subito, signora.

GABRIELLE *sale por 1.*

GLORIA, *sola*, *vuelve a sacar la agenda del bolso de SILVIA y va leyendo al azar.*
Suena el timbre, GLORIA se asusta. Guarda la agenda en el mismo cajón en que ha guardado antes la pistola.
Entra GABRIELLE por 2 con el whisky y una bandeja de croquetas.

GLORIA (*cogiendo el whisky*).—

Llaman. Vaya a abrir.

GLORIA *bebe un sorbo de whisky, deja el vaso en la mesa y se queda mirando la puerta.*
Entra el CABALLERO seguido de GABRIELLE.

El CABALLERO se queda mirando a GLORIA. Silencio.

GLORIA.—

Bien venido, señor. ¿No desea quitarse el abrigo? Aquí dentro hace calor. GABRIELLE, coja el abrigo del señor. ¿Ha encontrado la casa sin dificultad? ¿Ha podido aparcar el coche o le ha traído el chófer?

CABALLERO.—

He venido en taxi. El barrio es complicado y un poco solitario por la noche.

GLORIA.—

(riendo estrepitosamente) ¡Ay, sí! *(Deja de reír en seco. Pausa.)* Mi marido ha tenido que salir precipitadamente, y la otra socia, la señorita Silvia, a quien tal vez ya conoce, está... ausente por el momento. ¿No se sienta?

CABALLERO.—

Una casa preciosa, si me permite que se lo diga.

GLORIA.—

Gracias. La compramos hace un año. Era una ruina. Hicimos una restauración de arriba a abajo. Y todavía queda mucho por hacer. ¿Qué quiere beber? Hay whisky, champan, jerez... quizá un yogur...

CABALLERO.—

Un whisky está muy bien.

GABRIELLE.—

Gelo del fredo?

CABALLERO.—

Tres cubitos.

GABRIELLE sale por 1. GLORIA se acaba el whisky. Silencio. GLORIA coge la bandeja de croquetas y se acerca al CABALLERO.

GLORIA.—

¿Quiere una croqueta? *(Se cae redonda. De inmediato se recupera y empieza a recoger las croquetas y a ponerlas en la bandeja. Se levanta y vuelve a ofrecerle la bandeja al CABALLERO, que ha observado impertérrito el incidente.)*

Son de Semon.

CABALLERO.—

No, gracias.

GLORIA *deja la bandeja sobre la mesa. Se queda mirando fijamente al CABALLERO.*

GLORIA.—

¿Cómo me encuentras?

CABALLERO.—

Envejecida:
tienes arrugas y es evidente
que te tiñes el cabello.

GLORIA.—

¿Nada más?

CABALLERO.—

La casa es fea
y la restauración, de mal gusto.
Es la maldición de este país:
todo es feo: las casas y las mujeres.

GLORIA.—

Me harás llorar.

CABALLERO.—

Pues me voy.
No soporto a las mujeres que lloran.

GLORIA.—

Ni a las que se ríen.
Pero no la tomes conmigo:
yo no he sabido que el futuro capitalista
de la empresa ibas a ser tú,
hasta hace un momento, cuando he visto
tu nombre en la tarjeta.
(*Señalando el jarro.*)
Gracias por las flores: horrorosas,
y mezquinas, como siempre.

CABALLERO.—

Gloria, si hubiera sabido
que te encontraría aquí, no habría venido.
Pero no podía saber que trabajabas
en una editorial. Nunca me lo dijiste.

GLORIA.—

Nunca me lo preguntaste. Nunca te interesaste por lo que yo hacía cuando salía de tus... de tu... de allá. *(Pausa.)* Mi marido y yo, con otra pareja, montamos una editorial. Hasta ahora nos ha ido bastante bien. Últimamente, y por razones ajenas al mundo de la cultura, tenemos problemas de liquidez. Por eso estás tú aquí. Yo no tengo nada que ver. De todos modos, aunque hubiera sabido antes que eras tú quien vendría, no habría podido avisarte. No sé dónde vives, ni qué haces, no sé cómo encontrarte. Desapareciste de repente, sin decir nada. De la noche a la mañana cerraste el piso de la calle Provenza, sin advertirme, sin un mensaje, sin una sola palabra. Ni siquiera le dejaste una dirección a la portera. O, al menos, eso me decía ella cuando yo le suplicaba arrastrándome por el suelo, golpeando las paredes con la cabeza, ofreciéndole todo lo que tenía con tal de que me diera una pista. Pero sólo recibía el silencio por respuesta. Entonces volvía a casa, gimiendo, con las manos ensangrentadas de haber arañado la fachada de aquel edificio de la calle Provenza, que podría contar cosas tremendas. *(Pausa.)* Quizá exagero.

CABALLERO.—

Y tu marido,
¿no se dio cuenta de nada?

GLORIA.—

Naturalmente, vio mi desasosiego,
pero se creyó la excusa que le di.
Había que seguir viviendo: teníamos dos hijos.
Ya te hablé de ellos.

CABALLERO.—

Es posible. No le presté atención.
¿Están en casa?

GLORIA.—

No. Como mañana es fiesta,
se han ido a casa de unos amigos.
Ya son mayores y hace vida independiente.
Estamos solos...

(Entra GABRIELLE por 2 con dos whiskies. Le da uno al CABALLERO y otro a GLORIA. Vuelve a salir sin decir nada.)

No tengas miedo:
el tiempo no pasa en vano.
Cuando al fin me di cuenta
de que todo lo que me había dicho era mentira,
de que para ti todo había sido un juego
cruel, decidí olvidarte, olvidar nuestra historia,
sucio y estúpido y bestial. Quiero a mis hijos,
y a mi marido también, aunque no tanto, a ti
no te puedo mentir, nunca te he mentado.
El trabajo en la editorial me gusta
y me aburre al mismo tiempo. De vez en cuando
me vuelven los recuerdos de los días felices,
de nuestras citas clandestinas
en el piso de la calle Provenza. Entonces
no me quejo ni gimo ni me hiero las manos:
me tomo un whisky y pienso
que algún día veré cómo te caes del pedestal
y te haces añicos.

CABALLERO.—

Eso nunca lo verás, Gloria:
los lobos hemos nacido para comernos a los corderos,
y no al revés. Yo no he hecho el mundo como es,
y a quien lo hizo no se le ocurrió consultarme;
no se lo reprocho: yo lo habría hecho peor aún. Soy
como soy, y me gusta. Y a ti también te gusta
como soy, o no estarías humillándote
como te humillas.

GLORIA.—

¿Humillación? No, amigo mío.
La humillación sería esconder
las cicatrices del tiempo. Como haces tú.

Antes de que GLORIA pueda responder entra GABRIELLE por 2.

GABRIELLE.—

Signora, il telefono suona.

GLORIA *(Al CABALLERO)*.—

Discúlpeme un momento. GABRIELLE,
atienda al señor como es debido.

GLORIA *sale por 4.*

11

CABALLERO.—

¿La has reconocido?

GABRIELLE.—

Sí, señor, en cuanto la he visto.

CABALLERO.—

¿Y ella a ti?

GABRIELLE.—

No, señor. He cambiado mucho.
Ya no llevo el pelo tan largo
ni las gafas oscuras, por lo hablar
de este bigote postizo.
(*Se lo quita.*)

CABALLERO.—

Veo que también te has vuelto
italiano.

GABRIELLE.—

Sí, señor. Me pareció
de buen tono. Quería cambiar de imagen; una nueva
personalidad. Con mis antecedentes...
el señor ya sabe a qué me refiero.

CABALLERO.—

No lo digas con sorna.
Yo no tengo la culpa de lo que pasó.

GABRIELLE.—

Sí, señor, ésta es la cuestión:
que el señor no tuvo ninguna culpa
y a mí me metieron en la cárcel.

CABALLERO.—

Te pagué al mejor abogado.

GABRIELLE.—

Sí, señor, y al cabo de dos meses
el mejor abogado estaba en la celda de al lado.
Pero dejémoslo estar, señor,
ahora soy otro: me llamo Gabrielle,
el señor no me conoce, ni yo al señor.

CABALLERO.—

Lo tendré en cuenta
y sólo te llamaré si te necesito.
Ya viene, ponte el bigote
y estate al quite.

12

Entra GLORIA por 3 con cara seria, pero al ver a GABRIELLE vuelve a componer la expresión sonriente del principio..

GABRIELLE se da la vuelta y se vuelve a poner el bigote.

GLORIA.—

(riendo estúpidamente) Era mi marido. Ha tenido que ir más lejos de lo previsto. Aún tardará unos veinte minutos. Ruega que le disculpe y me pide que le atienda como usted se merece.

GABRIELLE.—

Io vado in cucina.

GABRIELLE sale por 1.

Silencio.

GLORIA.—

¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me corrompiste? Yo era una niña...

CABALLERO.—

De niña, nada. Estabas casada, tenían un trabajo y dos hijos, como acabas de decir. Seguramente estabas harta de pañales y biberones. La vida no era como la habías soñado. Con el primero que te salió al paso tuviste una aventura. El asunto se acabó. Todos los asuntos se acaban, y nunca se acaban a gusto de todos. Pero la gente se rehace, vuelve a tener asuntos, que también se acaban. Y así hasta que un buen día, uno descubre que está harto de tanto asunto, que lo que le apetece es quedarse en casa, leyendo, viendo la tele. Lo hace y se da cuenta en seguida de que ha sido una buena decisión. Pasan los años, uno vive tranquilo, y con los recuerdos se calienta el alma en las noches frías del invierno.

A esto se le llama sabiduría, Gloria.

GLORIA.—

No. A esto se le llama hacer trampa.
 Cuando se ha jugado en serio, y se ha perdido,
 los recuerdos son de hiel y ceniza
 y todo lo que antes había sido maravilloso,
 las caricias, el placer, la ternura,
 se vuelve asqueroso, insufrible,
 como si fuera una parodia obscena
 de la realidad. (*Pausa.*) No necesito consuelo.
 Caí y desde entonces
 no he hecho más que caer,
 y cuando llegue al fondo, haré un agujero
 para seguir cayendo. (*Levanta el vaso de whisky.*) A tu salud.

CABALLERO.—

A la tuya.

Beben. Silencio.

GLORIA.—

No has cambiado. Está moreno
 pero no gordo. Se te ve tranquilo
 y satisfecho.

CABALLERO.—

Sí, ¿por qué no?
 No tengo deudas ni remordimientos,
 me gusta la vida y el placer
 y no soporto la tristeza ni la melancolía.
 ¿Preferirías verme afligido,
 abrumado de angustia y de aflicción?
 (*Pausa.*) He conocido muchas mujeres como tú.
 No me das miedo.

GLORIA.—

¿Miedo? ¿Por qué
 habrías de temerme?

CABALLERO.—

El odio da miedo.

GLORIA.—

No seas presuntuoso: yo no te odio.
 Hace unos años, quizás sí. Ahora ya no.
 No me dejaste ni una migaja de sentimiento.
 Tengo el corazón seco. Y el cuerpo también.
 Lo que te he dicho antes no lo he dicho

en sentido metafórico. Después de ti
no me ha tocado nadie.

CABALLERO.—

¿Y tu marido?

GLORIA.—

Dormimos en cuartos separados. El cree
que estoy enferma.

CABALLERO.—

¿Y no lo estás?

GLORIA.—

Enferma, no. Ya te lo he dicho: corrompida.
Tú me corrompiste.

CABALLERO.—

No sé qué quieres decir.
Nunca te obligué a hacer nada
que tú no quisieras.

GLORIA.—

Todo lo hacía
engañada: ésta es la cuestión.

CABALLERO.—

Yo no te engañé. Nunca te dije que...

GLORIA.—

Lo que se dice no tiene la menor importancia.
Lo único que cuenta es lo que se es, y tú
eres un corruptor, amor mío.

CABALLERO (*divertido*).—

¿Así que me iré al infierno de cabeza?

GLORIA.—

En la otra vida, no lo sé. Allí
no tengo jurisdicción. Pero en ésta,
no te quepa duda.

CABALLERO.—

No me parece justo.

GLORIA.—

No es justo, sino moral.
Moral y justicia son cosas diferentes.
Mucha gente las confunden, y así va el mundo.

CABALLERO.—

Yo no entiendo de estos asuntos.
Sólo puedo decirte lo que he visto, y es
que las personas que hablan de moral
no son felices.

GLORIA.—

¿Feliz? ¿yo feliz?
Sí, ¿por qué no? Al fin y al cabo, la felicidad
es un valor añadido, que no tiene nada que ver
con nosotros. Y ahora estamos hablando de nosotros.
(Pausa.) Té diré cómo vivo. Nunca tengo hambre,
no puedo comer ni un grano de arroz; de repente
me siento desfallecer y me como una paella entera.
Yo sola. Luego estoy enferma una semana.
Paso las noches en vela y cuando al fin me duermo,
duermo tres días y tres noches sin parar.
Pero esto es sólo una parte de mí misma.
También soy una mujer que trabaja, una madre
de familia y una ciudadana cabal. Podríamos decir
que soy una típica mujer catalana,
como la mayoría. Y como ellas, también soy feliz.
(Riendo) La única diferencia es que yo estoy corrompida.

CABALLERO.—

Perdona, pero no te entiendo.

GLORIA.—

Lo entenderás en seguida. Escucha.
(Se le acerca. Señala la puerta 3.)
Al fondo de aquel pasillo hay otro pasillo
y al fondo de aquel otro pasillo, mi habitación.
Vamos.

CABALLERO.—

¿Tú y yo? ¿Ahora?

GLORIA.—

Sí. ¿Te da miedo? Hace un momento
me has dicho que no me temías.

CABALLERO.—

¡Estás bebida!

GLORIA.—

¿Ves como tienes miedo?
La fiera sólo era un perrito disfrazado.

CABALLERO.—

¿Y tu marido?

GLORIA.—

Todavía tardará un cuarto de hora.

CABALLERO.—

Siempre quieres hacerlo todo de prisa.

Gloria: éste no es momento ni lugar.

Yo he venido a hacer negocios. No olvides

que vuestra empresa depende de mí;

y de tu conducta depende la estabilidad

familiar.

GLORIA.—

¿Y a mí qué más me da

todo esto? ¡Que se hunda la familia,

que se hunda la empresa,

que se hundan los bancos y las cajas de ahorros,

que se hunda la economía catalana

y que se hunda toda Europa

y sus asquerosos monumentos iluminados!

¡Has vuelto, amor mío! El azar

te ha traído de nuevo a mi lado.

Ven, muérdeme, aráñame,

pínchame, pégame, quémame,

tortúrame, hazme todo lo que me hacías

y más. Aún llevo en el cuerpo

las señales; al verte, las heridas

han vuelto a sangrar y lo que sólo te pertenece a ti

está intacto. Ven y lo verás.

CABALLERO.—

Gloria, ya sabes que no puede ser.

GLORIA.—

¡No me hagas esto, te lo suplico!

CABALLERO.—

¿No tienes dignidad?

GLORIA.—

Idiota, la dignidad de una mujer

es su vanidad. ¡Vete!

¡Sal ahora mismo de esta casa

y no vuelvas más!

Y no te preocupes por la editorial

ni por mi marido; cuando regrese

le diré que has cambiado de opinión.

CABALLERO.—

Para ya de fantasear, Gloria.
 Lo que hubo entre nosotros,
 nosotros lo sabemos. Un buen día
 se acabó. La vida sigue.
 El que la tuya te resulte aburrida
 no es de mi incumbencia. Te di un poco
 de diversión, unos instantes de sórdida pasión
 con los que aliviar tu honesta, soporífera
 y mezquina existencia.
 ¿Qué más quieres?

GLORIA.—

Quiero que acabes
 lo que empezaste. Tú transformaste
 mi sueño de belleza y de felicidad
 en una relación enfermiza, sucia y falsa
 y después me dejaste. Esto es el mal:
 no lo que lleva al dolor y al fracaso,
 sino lo que lleva a la desesperanza.
 Me prometiste lo absoluto. ¡Ahora
 no me vengas con rebajas!
 ¡Y no si me puedes dar lo que me debes,
 márame! ¿Quieres un arma?

GLORIA *se dirige al cajón donde ha escondido la pistola.*

13

Entra RICKY por la puerta de entrada al piso con abrigo y un paquete de la farmacia en la mano.

RICKY.—

Buena noches, ya estoy aquí;
 disculpe esta pequeña
 contrariedad. Un asunto
 imprevisto, un verdadero
 imponderable... Espero
 que Gloria le habrá hecho los honores...

CABALLERO.—

Su esposa tiene un encanto irresistible.
 Con ella se me ha pasado el tiempo
 volando, de la manera más agradable
 e instructiva. Pero celebro
 que haya vuelto. Se hace tarde
 y desearía entrar en materia.

RICKY (*mirando el paquete de la farmacia*).—

¿En materia?

CABALLERO.—

Analizar un poco nuestra futura
relación comercial.

RICKY.—

Oh, sí, sí, claro,
claro. Pero ahora... Tendrá que disculparme
una vez más. En seguida estaré por usted.
(*Sigue con los ojos el vuelo de un mosquito. Reacciona.*)
El camarero le servirá una bebida
y algo de picar. ¡Gabrielle!

(*Entra GABRIELLE inmediatamente por 2, como si hubiera estado escuchando todo el rato.*)

Gabrielle, sírvale una bebida al señor
y algo de picar... ¿unas croquetas?
Son de... (*Ve la bandeja llena de croquetas chafadas. Pausa.*)
Y llévese mi abrigo. (*Se lo quita y se lo da a GABRIELLE.*)
Tenga. (*Al CABALLERO*) Gloria le explicará...
(*a GLORIA*) El balance, la cuenta de resultados...
Vuelvo en un periquete.

RICKY *sale por 4 y entra GABRIELLE por 2.*

CABALLERO.—

Me gusta tu marido: tiene buena planta,
es educado, simpático y un poco tonto,
pero esto, que en un perro sería un defecto,
en un marido es más bien una virtud.

GLORIA.—

Ricky es un buen hombre.

CABALLERO.— ¿Ricky?

GLORIA.—

Para los íntimos. Para ti, Enrique Montaner.

CABALLERO.—

Cuando hablas de él te salen
llamaradas de los ojos. Se nota
que la pasión te embarga.

GLORIA.—

Y a ti los celos.

CABALLERO.—

Yo, celoso yo? ¿De él?

¿Por qué? Puedo tenerte
cuando quiera, en cualquier momento,
ahora mismo, si me apetece.

Da un paso hacia GLORIA, que retrocede, despavorida.

GLORIA.—

¡No te acerques! Por favor, no...

El CABALLERO continúa avanzando.

GABRIELLE abre la puerta 2, saca la cabeza y vuelve a cerrar

GLORIA tropieza con el sofá y se cae. El CABALLERO se le echa encima.

GLORIA.—

¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

14

RICKY entra muy alborotado por la puerta 4. En la mano lleva la jeringa preparada.

RICKY.—

¡Ha desaparecido!

CABALLERO.—

¿Quién?

RICKY.—

¡Silvia! ¡ha desaparecido!

GLORIA.—

¿Cómo?

GLORIA y el CABALLERO se levantan y se arreglan la ropa.

RICKY.—

¡No lo sé! La cama está deshecha
y su ropa esparcida
por toda la habitación, pero ella no está.

GLORIA.—

¿Dónde puede haber ido?

RICKY.—

La puerta del estudio está abierta.

GLORIA.—

¿Crees que puede haber salido a la terraza?
¿con este frío? ¿y sin ropa?
¡Y en su estado! Vamos a buscarla. Rápido.

Si no la encontramos pronto,
se nos queda.

RICKY (*al CABALLERO*).—

Discúlpeme
de nuevo. Como ve
ha surgido un pequeño contratiempo
o, mejor dicho, una variante
del mismo contratiempo.

GLORIA (*a RICKY*).—

¡Date prisa!

GLORIA y RICKY *salen por la puerta 3*.

15

Entra GABRIELLE por 1.

CABALLERO.—

La velada está resultando mucho más animada
de lo que yo había previsto, pero tengo la impresión
de que ha llegado el momento de largarse.

GABRIELLE.—

Señor, yo todavía no he cobrado.

CABALLERO.—

Haz lo que te parezca. Yo me voy.
Una mujer desequilibrada es un peligro,
pero dos... Tráeme el abrigo.

GABRIELLE.—

Vado subito.

GABRIELLE *sale por 2*.

CABALLERO.—

¡A mí no tienes por qué hablarme en italiano!

16

El CABALLERO solo un instante. Suena un reloj.

SILVIA entra por la puerta 4 envuelta en una toalla.

Está un poco aturdida y tarda un rato en advertir la presencia de un extraño.

SILVIA.—

¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!

CABALLERO.—

No se asuste. Soy un amigo.

SILVIA.—

¿De quién?

CABALLERO.—

De la casa. ¿Y usted?

SILVIA.—

Yo... también.

CABALLERO.—

Sí, ya veo que hay confianza.

¿Cómo te llamas? Te puedo tutear, supongo.

SILVIA (*con voz insegura*).—

Si... Silvia... Silvia...

Me llamo Silvia y he venido

a una reunión... de negocios...

pero de repente, no sé cómo,

me he mareado un poco. He sufrido

un ligero desvanecimiento y al volver en mí

he pensado que una ducha me sentaría bien.

Pero al salir del cuarto de baño

no he encontrado la habitación donde tenía la ropa.

Esta casa es un laberinto

y yo aún no tengo la cabeza firme...

CABALLERO.—

Siéntate aquí, Silvia, siéntate aquí

y cuéntame qué te ha pasado.

SILVIA se sienta en el sofá. Por 2 entra GABRIELLE con el abrigo del CABALLERO, pero éste le hace señas, sin que SILVIA lo vea, preguntándole, ¿quién es ésta? GABRIELLE hace gestos como diciendo: una borracha y una loca. El CABALLERO le hace señas de que los deje y GABRIELLE vuelve a salir y a cerrar la puerta en silencio.

SILVIA.—

Realmente no sé cómo ha sido.

Quizás he bebido un pelín demasiado,

o las pastillas... no lo sé. La culpa

la tiene mi ex-marido

y su abogado, y el juez.

Entre los tres me quieren quitar al niño,

y dárselo a él, ¿comprende?

Por eso él se ha llevado el dinero de la empresa y luego,

se ha conchabado con el abogado y con el juez.

Pero a una madre no se le puede quitar el hijo,
 aunque ella sea la culpable
 de lo que pasó, aunque sea una persona
 inmoral y desquiciada, hasta cierto punto.
 Yo no lo soy, créame. Lo que me pasa,
 como decía mi padre, es que a veces
 tengo un cortocircuito entre el cerebro y las bragas.
 Esto lo decía mi padre de todas las mujeres. Mi padre,
 que en paz descanse, era un machista irreductible
 que odiaba a las mujeres. Yo lo quería mucho.
 Con él siempre sabías a qué atenerte. No como ahora...

CABALLERO.—

Estoy de acuerdo contigo, Silvia.
 ¿Dónde está tu hijo?

SILVIA.—

En casa, con una chica.
 No me gusta nada dejarlo solo por la noche.
 Desde que su padre y yo nos separamos
 el pobrecito tiene pesadillas. Nunca salgo, créame,
 hoy he hecho una excepción. Hoy era necesario
 que saliera, porque de esta reunión
 dependen muchas cosas, por ejemplo, que la editorial
 haga o no suspensión de pagos
 y que yo pueda pagarme un buen abogado
 y ganar el pleito.

CABALLERO.—

Es muy triste
 esto que me cuentas, Silvia. Muy triste.
 Por suerte, has ido a dar con la persona que necesitas.
 (*Se señala a sí mismo.*)
 A decir verdad, yo también he venido por negocios.
 Soy vuestro capitalista potencial.
 De mí depende que la editorial salga adelante. Además,
 conozco muchos abogados. Los mejores especialistas
 en derecho matrimonial, auténticas panteras.
 Si quieres, te los puedo presentar.

SILVIA.—

¿Y cómo les pagaré?

CABALLERO.—

Cuando llegue el momento,
 ya encontraremos la forma...

SILVIA.—

No me hable en este tono

paternalista. No puedo soportar a los hombres
paternales.

CABALLERO.—

No son sentimientos paternales
lo que tú me inspiras, Silvia.

SILVIA.—

Esto tampoco lo puedo soportar,
y, encima, no me lo puedo permitir.
Me tengo que ir. (*Pausa.*) Me voy.
(*Pausa.*) He dicho que me voy, y me voy.
(*Sigue sentada. El CABALLERO se le acerca y le da un beso en los labios.*)
No me lo vuelva a hacer, por favor,
usted no tiene ningún derecho y yo...
yo no sé dónde tengo la cabeza... ni la ropa.
(*Salta sobre el CABALLERO y le da un beso largo y apasionado.*
GABRIELLE asoma la cabeza por 1 Al ver la escena desaparece y cierra la
puerta.
SILVIA se separa del CABALLERO bruscamente y se queda temblando.)
Qué vergüenza... no sé lo que me pasa.
Con el ardor que me sale del cuerpo
podría hacer otro agujero en la capa de ozono.

17

Entra GLORIA por 3.

GLORIA.—

¡Silvia!

SILVIA se levanta dando un chillido y anudándose la toalla.

Entra RICKY por 2. Todavía lleva la jeringa en la mano.

GABRIELLE asoma la cabeza por 4.

RICKY.—

¡Menudo susto
nos has dado!
Te hemos buscado por todas partes,
hasta por la terraza.

GLORIA.—

Suerte que Gabrielle
nos ha dicho dónde estabas.

*El CABALLERO hace un ademán disimulado a GABRIELLE como diciéndole: ésta me la
pagas. GABRIELLE se encoge de hombros.*

RICKY (*al CABALLERO*).—

Disculpe una vez más...

CABALLERO.—

No, no, de ninguna manera. Me gusta la forma en que lleváis la empresa y también su personal.

RICKY.—

No es siempre así...

CABALLERO.—

Pues lo será a partir de ahora. Gabrielle, traiga una botella de champan y cuatro copas. Supongo que tendréis champan para brindar.

GLORIA.—

Cava.

CABALLERO.—

También esto cambiará.

GLORIA.—

Me parece que antes de brindar Silvia tendría que vestirse.

SILVIA *baja la cabeza avergonzada.*

CABALLERO.—

Por mí no te preocupes, Silvia, este modelo te sienta muy bien, y en el Salón Cibeles los he visto más atrevidos y más feos.

GLORIA (*cogiendo a SILVIA por el brazo, con gesto enérgico*).—

Silvia, andando.

GLORIA y SILVIA *salen por 4.*

18

CABALLERO.—

Ahora que las mujeres nos han dejado solos, podríamos hablar un poco de nuestros negocios, de hombre a hombre.

RICKY.— (*Deja la jeringa en el plato de las croquetas.*)

Se me cae la cara de vergüenza. No sé

qué idea se debe haber hecho
de la empresa. Pero puedo darle
una explicación. Hace años
que tenemos la editorial. Gloria,
Silvia, su marido y yo
nos conocimos en la Universidad
y los cuatro, al acabar, fundamos la editorial.
Hemos pasado momentos buenos y momentos malos,
pero siempre hemos salido adelante, porque los cuatro
le tenemos afición y no nos asusta el trabajo.
Los gastos son mínimos. Nosotros
lo hacemos todo. Gloria, mi mujer,
lleva la parte financiera, y Silvia y yo
nos encargamos de lo que podríamos llamar
la parte intelectual. El cuarto socio, Coponius,
era el marido de Silvia. Ahora se han separado
y el se ha ido, quiero decir que ha retirado
su participación... del capital... que ascendía
a la totalidad..., salvo los cuatro duros
de subvención que nos otorga
la Generalidad.

CABALLERO.—

No te preocupes.
Lo que me estás contando ya lo sé,
y lo que he visto, me conviene.
¿Puedo tutearte? Pues escucha:
a mi no me interesa nada vuestra editorial.
La cultura me parece muy bien.
Si alguien cree que leyendo o yendo al teatro
dejará de ser un necio, que lo haga,
allá él. Ahora bien, nunca he creído
en la cultura como inversión rentable
y no tengo la intención de tirar el dinero.
Soy un hombre de negocios así que te hablaré
sin rodeos. La operación no puede ser
más sencilla: yo me hago con una participación
mayoritaria y luego hacemos que la empresa se hunda.
Como ves, la propuesta es puramente mercantil.

RICKY (*siguiendo con los ojos el vuelo de un mosquito*).—

Perdone,
me parece que no le he entendido bien.

CABALLERO.—

Tú también puedes tutearme, Enrique.

RICKY.—

Aún así, sigo sin entender.

CABALLERO.—

Se trata de ocultar unas pérdidas dudosas,
provenientes de ciertas operaciones monetarias
no demasiado regulares,
bajo la capa de una quiebra regular y limpia.
El método es legal y se hace mucho.
Nadie sale perdiendo, uno cuantos
salen ganando, y todo el mundo se ahorra
tiempo, gastos, trámites y muchos quebraderos
de cabeza. No eres tan ingenuo que no sepas
de qué te estoy hablando.

RICKY.—

Sí, sí, naturalmente he oído hablar de estas cosas.
Es sólo la sorpresa... yo pensaba...

CABALLERO.—

Me hago cargo. Todos tenemos fantasías.
El engaño hace que el mundo ruede. No el dinero.
La palanca que todo lo mueve no es el oro
sino la fantasía: la ilusión del futuro,
del éxito personal, de los afectos, incluso
de la patria. Coge cualquier periódico,
lee la sección de economía y verás
en que invierte la gente sus ahorros:
en vanidad y sueños. ¿Sabes por qué van
muchos hombres de negocios a misa cada día?
Para dar gracias a Dios por habernos hecho
tan crédulos.

RICKY.—

Pero nuestra editorial...

CABALLERO.—

No es excepción.
Hacéis ver que vendéis sabiduría y vendéis papel
de mala calidad, mal impreso y encuadernado
de cualquier manera. Nunca he leído un libro vuestro
que no se deshojara. Ricky, lo sabes mejor que yo:
todo lo que se compra y se vende es fantasía,
no hay cosa más fácil que enredar a la gente,
la ley de la oferta y la demanda es una engañifa,
como todas las leyes. La única mercancía
que se compra y se vende es el alma.
(Pausa.) ¿Puedo hacerte una pregunta personal, Ricky?
¿Eres de familia rica?

RICKY.—

No, ni mucho menos.

CABALLERO.—

Se te nota. La riqueza es genética,
 como todo. Mi tatarabuelo era banquero.
 Como sólo le interesaban las mujeres,
 con excepción de mi tatarabuela, por supuesto,
 se arruinó. Mejor dicho, arruinó a sus clientes.
 En Cataluña, a finales del siglo pasado,
 un suceso de esta envergadura no era una broma.
 Mi tatarabuelo tuvo que tomar una terrible decisión:
 llamó a su contable y le dijo: señor Juan
 (se llamaba Juan, pero todos le llamaban “señor” Juan,
 porque cobraba un sueldo miserable), señor Juan
 le dijo, usted es mi hombre de confianza,
 no hace falta que le explique cuál es la situación
 ni cuál el camino de nuestro deber. Le dio una pistola
 y el pobre señor Juan se saltó la tapa de los sesos como un tonto.
 Y de esta forma mi tatarabuelo salvó la vida,
 el honor, y el fajo de duros que tenía escondido
 debajo de un ladrillo. Y ahora, Ricky, sinceramente,
 a la hora de la verdad, ¿de qué lado quieres estar?
 ¿del de los contables, como el señor Juan,
 o del de los filósofos, como mi tatarabuelo?

RICKY.—

Ya voy entendiendo lo que me quiere decir, pero...

CABALLERO.—

Tutéame, hombre.

RICKY.—

No me da la gana.
 Aún no somos socios y me parece
 que nunca lo seremos.

CABALLERO.—

No estés tan seguro.
 Lo que te propongo es razonable:
 vuestra empresa está muerta. Esto
 es un hecho irrefutable. Dentro de unas semanas,
 como mucho unos meses, ya no habrá empresa.
 Y cuando eso ocurra, tu puedes ser rico o pobre.

RICKY.—

También puedo encontrar otro socio.

CABALLERO.—

Ni lo sueñes. ¿Quién crees que meterá un duro

en un empresa arruinada, con un director
que vive en las nubes, una socia
borracha y drogadicta y otra
que se pasa la empresa por la entepierna
y le importa un pito que se hunda o no?

RICKY.—

¿Se refiere usted a mi mujer?

CABALLERO.—

Hablo de Gloria, sí.

RICKY.—

Gloria es muy lista, y muy competente,
y muy activa, y muy leal a la empresa. (*Pausa.*) Reconozco
que quizás ahora esté pasando un mal momento...

CABALLERO.—

¿Un mal momento, Ricky?

RICKY.—

Bueno, sí, he de confesar
que desde hace unos años la encuentro
un poco distante...

CABALLERO.—

Tal vez esté decepcionada.

RICKY.—

¿Quiere decir... de mí?

CABALLERO.—

¡O de la vida, quién entiende a las mujeres!
Pero tú no te has de avergonzar
de que tu mujer esté loca, Ricky.
Todas las mujeres lo están, sólo varía
la capacidad de tolerancia de los maridos.
Ah, ya vienen. ¿Y ese champan? ¡Gabrielle!

19

Entran GLORIA y SILVIA, vestida, por 4.

RICKY.— (*a SILVIA*).—

¿Cómo te encuentras?

SILVIA.—

Bien, ¿cómo va todo?

RICKY.—
Regulín.

CABALLERO (*a SILVIA*).—
Vestida también me gustas mucho.

GLORIA.—
¿De qué estabais hablando?

CABALLERO.—
De negocios. Los hombres
siempre hablamos de negocios,
aunque no lo parezca.
Ricky, tienes ante tus ojos
el consejo de administración
y la asamblea plenaria de accionistas.
Puedes exponer mi oferta
y pedir su opinión. Como el marido
de Silvia ya no está, las decisiones
las habéis de tomar vosotros tres.
Supongo que lo hacéis democráticamente.

RICKY.—
Nunca nos ha hecho falta un reglamento,
ni ahora tampoco.

CABALLERO.—
Haz la prueba.

RICKY.—
La haré, pero sé de antemano
cuál será la respuesta. Gloria,
Silvia, escuchad con atención:
este individuo quiere entrar en la empresa como socio,
pero no para sacarla a flote, sino al contrario:
para provocar la disolución y con esta maniobra
encubrir otras que no pueden salir a la luz.
De esta operación nosotros sacaríamos un dinero.

CABALLERO.—
Bastante dinero.

RICKY.—
En síntesis
ésta es la propuesta. Ahora tenéis vosotras
la palabra.

SILVIA.—
¿Blanqueo de dinero?

CABALLERO.—

Limpieza de cutis.

GLORIA.—

Entiendo la operación.

¿Pero no habría sido más sencillo
entrar en la empresa sin dar explicaciones
y luego, desde dentro, provocar la quiebra?

CABALLERO.—

Tal vez habría sido más sencillo,
pero soy un hombre honrado, no me gusta hacer trampas
y menos a mis queridos socios. Por otra parte,
en la decisión de disolver hemos de estar de acuerdo.
No quiero problemas de última hora. Unanimidad
sin fisuras, o nos vamos todos de cabeza a la Modelo.
Me parece que está claro como el agua.
Si mi propuesta os parece bien,
magnífico; si no, me voy y aquí no ha pasado nada.

Silencio.

RICKY.—

Bueno, ¿qué estáis pensando? (*Silencio.*) ¿Gloria?

GLORIA.—

Que hable antes Silvia.

RICKY.—

¿Silvia?

SILVIA.—

Ricky, en otras circunstancias
te consta que yo, por la editorial, mi afecto...
pero ahora, ya sabes cuál es mi situación...
Mi hijo...

RICKY.—

¿Esto quiere decir que le das
tu conformidad? (*SILVIA agacha la cabeza.*) Gloria.
(*GLORIA mira fijamente al CABALLERO y no dice nada.*)
¿Gloria?

GLORIA.—

Yo voto en blanco.

RICKY.—

¿En blanco? ¿Qué marrullería es ésta?

Votar en blanco no significa nada.
 Votar en blanco es lavarse las manos,
 como Poncio Pilatos.

CABALLERO.—

Una actitud higiénica, como mínimo.

RICKY.—

Dios mío, ¿qué está pasando aquí?
 Gloria, exijo una explicación.

GLORIA.—

Perdona, Ricky, no puedo dártela.
 Tengo razones personales, como Silvia.

RICKY.—

Silvia no tiene “razones personales”.
 Silvia tiene deudas. Y tú tampoco tienes
 “razones personales”. Nadie tiene “razones personales”.
 Las “razones personales” no existen. Si son razones
 ya no son personales.

GLORIA.—

Ricky, calla.

CABALLERO.—

Lo que yo te decía, Ricky. Las mujeres
 tiene más sentido común que los hombres.
 O, dicho de otro modo, son codiciosas
 y avaras. Quieren seguridad, pero no
 por cobardía o por vileza, sino por claridad
 de ideas y un sentido riguroso
 de lo que valen las cosas concretas.
 Por mucho que les guste malgastar,
 nunca he visto a una mujer malbaratar el patrimonio
 familiar ni poner el peligro el bienestar de una casa.
 Las mujeres nunca juegan con el dinero.

RICKY (a GLORIA).—

¿Oyes lo que está diciendo?
 ¿Cómo puedes estar de su parte?

GLORIA.—

No lo puedo evitar, Ricky.
 Es mi carácter. De pequeña
 me aburrían los títeres
 y me gustaba el señor
 que los hacía mover.
 Yo no tomo decisiones, son ellas

las que me toman a mí.
Lo siento mucho.

Entra GABRIELLE por 1 con el champan y las copas.

CABALLERO.—

¡Ah! Llega el champan en el momento adecuado.

GABRIELLE va llenando las copas y las va pasando.

RICKY sigue cada vez más nervioso el vuelo de un mosquito.

SILVIA vacila y se apoya en el respaldo de una silla.

GLORIA (*aparte, a SILVIA*).—

¿Te encuentras bien?

SILVIA.—

Sí, sí, sólo
un poco abatida. En seguida
me animaré.

(Coge la copa que le da GABRIELLE y se la bebe de un trago.)

Precisamente hace un momento,
mientras me vestía,
me he tomado una pastilla.
En seguida me hará efecto.

GLORIA.—

Ahora sí que la hemos hecho buena.

CABALLERO (*aparte, a RICKY*).—

Ánimo, Ricky, la suerte
ya está echada. No re arrepentirás.
Cómprate un barco. Tienes cara de yate.
Ponte una gorra de marinerito,
vive bien, y no te vuelvas a equivocar.
Haced un viaje, los dos juntos. A Gloria
le conviene un cambio de aires, y que le hagas caso:
cómprale joyas y vestidos. Si quieres tenerla contenta,
esto no falla nunca. *(A SILVIA)* Y tú, no te olvides
de lo que hemos hablado antes. Ya ves qué bien manejo
los asuntos... y las personas. *(A todos)* ¡Brindemos!

SILVIA.—

Un momento. *(A GABRIELLE)* Lléneme la copa.

GABRIELLE le llena la copa. SILVIA se la bebe de un trago.

CABALLERO.—

¡Brindemos!

SILVIA (*a* GABRIELLE).—

Vuélvame a llenar la copa.
 (*A todos.*) ¿Por qué me miráis? Estoy bien.
 Quizás no en el mejor momento de mi vida.
 La semana pasada estaba mejor, la que viene
 volveré a estarlo. Esto no cambia nada.
 Para tomar decisiones no hay que estar a tope.
 Si sólo pudieran tomar decisiones las personas felices
 se pararía el mundo. Estoy bien.
 Tal vez no muy fina. La cabeza me da vueltas,
 los ojos me queman, tengo ceniza en la boca
 y un sapo en el estómago. Mi cuerpo
 es mi enemigo. Tengo los huesos de hielo
 y los nervios son alambres de púas. Brindemos.

Levanta la copa. Nadie la imita. Se bebe el champan de un trago, le da la copa a GLORIA y se cae.

GABRIELLE.—

Una altra volta l'estessa signorina de morros!

RICKY.—

Gabrielle, ayúdeme a llevarla a la cama.

Entre RICKY y GABRIELLE levantan a SILVIA y salen por 4.

20

CABALLERO (*levantando la copa*).—

A tu salud, Gloria.

GLORIA.—

Eres un miserable.

Brindan y beben.

CABALLERO.—

Ahora todo
 vuelve a ser como antes.

GLORIA.—

¿Por qué lo has hecho?

CABALLERO.—

Por la misma razón
 que todo el mundo lo hace todo: interés personal.
 A mí me conviene la transacción
 y a ti, el que yo la haga.
 ¿El hecho de no tener mala conciencia

me hace más miserable a mí que a ti?
 En otras palabras: ¿Tener remordimientos
 nos hace mejores?

Entran RICKY y GABRIELLE por 4.

RICKY.—

Silvia está bien.
 Respira con regularidad
 cuando respira. Le he desabrochado la ropa
 y le he levantado los piernas, como me dijo Oriol.
 No sé dónde he dejado antes la inyección.
(La busca por la sala, ve que está en el plato de las croquetas.)
 Vaya. Me temo que tendré que volver a salir.
 Gabrielle, mi abrigo, haga el favor.

GABRIELLE.—

Sissignore.

GABRIELLE sale por 2.

RICKY.—

¿De qué hablabais?

CABALLERO.—

De negocios.

RICKY.—

Creí que ya estaba todo hablado.

CABALLERO.—

Concretábamos los detalles.
 Pero no tengo prisa. Ve
 a donde tengas que ir. Gloria y Gabrielle
 me entretendrán. Cuando vuelvas
 firmaremos el documento privado
 que había traído previendo que nos entenderíamos.
 Después firmarán Gloria y Silvia
 y el lunes o el martes, haré venir al notario
 y escrituraremos. Anda, vete.

*Entra GABRIELLE por 2 con el abrigo. Se lo da a RICKY, éste se lo pone y sale por la
 puerta de entrada al piso. GABRIELLE recoge las copas y sale por 1.*

CABALLERO.—

No sufras por él. Ya tiene edad de saber
 que los reyes no son los padres.

GLORIA.—

La editorial era la ilusión de su vida.
La editorial y yo. Y tú le has quitado las dos cosas
sin mover un dedo.

CABALLERO.—

Con tu ayuda, no lo olvides.

GLORIA.—

Ni tú tampoco.
Pero no hace falta que me des las gracias
de palabra. Como sueles decir,
ya encontraremos la forma.

CABALLERO.—

¿Qué quieres decir?

GLORIA.—

Que entre tú y yo
nunca han hecho falta palabras.
Como te decía antes, al fondo del pasillo
hay otro pasillo, y allí,
al lado de una litografía de Tapies,
está mi habitación. Yo voy antes.
Necesito cinco minutos
para arreglarme como Dios manda.

CABALLERO.—

¿Y si vuelve tu marido?

GLORIA.—

Tardará por lo menos media hora.
Antes con cinco minutos teníamos de sobra.

CABALLERO.—

Todo lo haces de prisa y corriendo.

GLORIA.—

Sí, soy muy moderna.

CABALLERO.—

¿Por qué haces esto?

GLORIA.—

Por lo mismo: interés personal.
Pero no tengas miedo: el viaje
sólo es de ida. Ya no soy la misma.
Ahora soy como tú. ¿Vienes o no vienes?

CABALLERO.—

¿No te arrepentirás más tarde?

GLORIA.—

Más tarde no. Ya estoy arrepentida ahora.
Pero hace tiempo que he aprendido a vivir
con el remordimiento. Al principio es cansado
y fastidioso; pero luego, cuando te acostumbras,
hace mucha compañía. Como un perrito.
¿Vienes o no vienes?

CABALLERO.—

La pregunta
es retórica.

GLORIA.—

Cinco minutos.

GLORIA *sale por 3.*

21

CABALLERO.—

¡Psssst!

GABRIELLE *entra inmediatamente por 2.*

GABRIELLE.—

Señor...

CABALLERO.—

Todo está saliendo mejor
de lo que habíamos pensado.

GABRIELLE.—

Yo no había pensado nada.

CABALLERO.—

Haremos el negocio como a mí me conviene
y, de propina, una conquista fácil.

GABRIELLE.—

Ah, no, señor. La conquista
la hará usted. Conmigo no cuente.

CABALLERO.—

Tú a callar y a obedecer. Si haces lo que yo te diga,
todo saldrá a pedir de boca. ¿Acaso no salen siempre bien
mis planes?

GABRIELLE.—

A usted siempre le salen bien, señor.

CABALLERO.—

Pues esta noche no será la excepción.
¿Te juegas la paga?

GABRIELLE.—

No, señor. Ni loco.

CABALLERO.—

Está bien. Te acepto la apuesta.
Pero tendrás que ayudarme.

GABRIELLE.—

Yo me las piro.

CABALLERO.—

Tú te quedas y haces lo que yo te ordene.

GABRIELLE.—

Señor, ¡estoy en libertad bajo fianza!

CABALLERO.—

Lo sé de sobra. Fui yo
quien puso el dinero de la fianza.
Y lo puedo retirar cuando me plazca,
¿lo entiendes?

GABRIELLE.—

Dígame lo que he de hacer.

CABALLERO.—

Al final de aquel pasillo
hay un Tapies. No tiene pérdida. Allí
me está esperando Gloria. Necesito
veinte minutos para despachar otro asunto,
quizás menos. Con un cuarto...

GABRIELLE.—

Ah, no, señor. Esta treta
siempre nos sale mal.

CABALLERO.—

Esta vez
saldrá bien. Gloria no sospecha
y a la hora de la verdad, es muy sumisa.
Tú sólo tienes que apagar las luces, imitar
mi voz, decir lo que yo te he enseñado

y hacer lo que las circunstancias dictan.
Mientras tanto, yo haré una visita
a la señorita Silvia. Tengo un empacho
de Gloria y la otra, en cambio,
posee el atractivo de la novedad. Además,
habíamos empezado la mar de bien
y no me gusta dejar las cosas a medias.

GABRIELLE.—

Me descubrirán, señor,
siempre me descubren. Ya no tenemos
edad... Quiero decir que yo no tengo edad...

CABALLERO.—

No tengas miedo. Ella lo hará todo.
Su buena fe y su vanidad
juegan a favor nuestro. Tu haz el mínimo.
Y quítate este bigote asqueroso.
(GABRIELLE *se quita el bigote y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta.*)
Espera. Quítate también la chaqueta,
que huele a cocina, y ponte la mía.

El CABALLERO y GABRIELLE se intercambian las chaquetas. A GABRIELLE le viene muy grande la del CABALLERO.

GABRIELLE.—

¿Lo ve, señor? Se nota mucho.

CABALLERO.—

Te la quitas nada más entrar en la habitación.

GABRIELLE.—

Es inútil: soy más bajo que el señor.

CABALLERO.—

¡Idiota, lo que has de hacer no se hace de pie!

Le empuja y GABRIELLE sale por 4.

22

CABALLERO.—

No hay moros en la costa y la presa duerme.
Ha llegado la hora del placer y las tinieblas.
(*Se dirige hacia 3.*
Suena el timbre.)
¡Maldita sea!
(*El timbre sigue sonando con insistencia.*)
¡Ya va! ¡Ya va!

¡Pero deje de tocar o levantará la liebre!

Se pone la chaqueta de GABRIELLE, que le viene muy pequeña, y va hacia la puerta de entrada al piso. Antes de abrir saca del bolsillo de la chaqueta el bigote postizo y se lo pone. Abre.

CABALLERO.—
Signore...

COPONIUS.—
¿Dónde está mi mujer?

CABALLERO.—
La sua moglie, signore?

Entra COPONIUS. Es jorobado y muy feo. El CABALLERO cierra la puerta y va tras él.

COPONIUS.—
Soy Coponius. Hemos hablado por teléfono usted y yo. ¿Dónde está?

CABALLERO.—
¿Quién?

COPONIUS.—
Mi mujer, idiota. Te pago para que lo sepas. ¿Dónde está?

CABALLERO.—
¿La señorita... Silvia?

COPONIUS.—
No soy bígamo. ¿Dónde está?

CABALLERO.—
Ha salido... Quiero decir, de esta sala.
En este momento... no se encuentra aquí,
como puede ver.

COPONIUS.—
Muy bien, chico.
Tienes madera de detective. Sigue así
y acabarás saliendo en una novela
de Vázquez Montalbán.
(El CABALLERO se arregla el bigote, que está a punto de caérsele.)
¿Qué haces? ¿Te encuentras bien?

CABALLERO.—
Sissignore. ¿Puedo preguntarle una cosa?

COPONIUS.—

Sí, pero no me hables en italiano.
¿Te has vuelto loco?

CABALLERO.—

No, señor, es la costumbre.
Pero, dígame, si yo estoy aquí,
quiero decir que si yo soy el detective
que usted ha contratado para vigilar
a la señorita Silvia sin que nadie lo sepa,
¿por qué ha venido personalmente
a descubrir el pastel?

COPONIUS.—

¿Esto quieres saber? ¿que por qué
he venido?

CABALLERO.—

Sí, a descubrir el pastel.

COPONIUS.—

¿Te parece que no tiene lógica?

CABALLERO.—

Ni la más mínima.

COPONIUS.—

Pues tienes toda la razón, muchacho.
No tiene la más mínima lógica.
Pero esta tarde, ordenando el secreter
de mi despacho, he descubierto
que había desaparecido la pistola.

CABALLERO.—

¿Y cree que la señorita Silvia
la ha cogido?

COPONIUS.—

Tal vez ha sido ella. No lo sé.
He venido a averiguarlo. La necesito.

CABALLERO.—

¿A la señorita Silvia?

GABRIELLE.—

La pistola. Y también a Silvia.
(*Habla en tono siniestro y afectado, como un barítono en una ópera de Verdi.*)
Si no puedo vivir con ella, he decidido matarla.

Me dirás que es una locura. Me dirás:
 ¿qué sentido tiene entablar un proceso judicial,
 contratar un abogado, un procurador y un detective,
 hacer la correspondiente provisión de fondos,
 y cuando todo parece estar a punto, asesinar
 a la parte demandada? Me dirás:
 ¿qué sentido tiene? ¿Eh?

CABALLERO (*arreglándose el bigote*).—
 No se lo sabría decir.

COPONIUS.—
 Pues yo te lo diré, muchacho,
 yo te lo diré. Una cosa es la cabeza
 y otra, el corazón. Raciocinio y pasión,
 las cosas concretas y las ideas abstractas.
 ¿Me sigues?

CABALLERO (*arreglándose el bigote*).—
 Hasta aquí, sí.

COPONIUS.—
 Por una parte
 quiero que la sociedad me reconozca
 mis derechos, que los tribunales dicten sentencia
 a mi favor. Soy la parte lesionada. Por otra parte
 quiero tomarme la justicia por mi mano,
 quiero venganza, violencia y sangre.
 Quizás soy un tanto paradójico,
 pero no incongruente. ¿La has visto?

CABALLERO.—
 ¿La pistola? No

COPONIUS.—
 ¿Y a Silvia?

CABALLERO.—
 A la señorita Silvia, sí.

COPONIUS.—
 ¿Dónde está?

CABALLERO.—
 Al final de aquel pasillo,
 al lado de una litografía de Tapies.

COPONIUS.—
 ¿Y qué hace allí?

CABALLERO.—

Está en la cama con un desconocido.

COPONIUS.—

¡Qué estás diciendo!

CABALLERO.—

Que está en la cama...

COPONIUS.—

¡Ya te he oído! ¿No me lo podías haber dicho antes?

CABALLERO.—

No quería interrumpir la exposición de señor.

COPONIUS.—

¡Maldita sea! ¡Y yo sin pistola!

CABALLERO.—

Coja un cuchillo de la cocina. (*Señala hacia I.*) Es por allá.

COPONIUS.—

Gracias. Ya lo sé. Conozco el piso. Hasta hace poco yo era muy amigo de la familia. Éramos como hermanos, los cuatro. Soy padrino del hijo mayor de Ricky y Gloria, y Silvia es madrina de la nena. Y nuestro hijo... pero no es momento de recordar los días felices. La vida es como es: todo va bien y un día, de repente, sin saber cómo, todo se pone patas arriba.

CABALLERO.—

Diga usted que sí.
Pero dese prisa, señor, si los quiere sorprender in flagrante delicto.

COPONIUS.—

Tienes razón.
(*Va hacia I. Antes de salir se da media vuelta.*)
No te vayas. Necesitaré que testifiques en el juicio.
Pienso alegar trastorno mental transitorio.
Como máximo me caerán dos años.

COPONIUS *sale por I.*

23

CABALLERO.—

Espero que este bruto cumpla su propósito
antes de darse cuenta de que es Gloria y no Silvia.
Lo siento por Gabrielle, pero no tenía otro remedio.
Cuando una mujer no sabe guardar la compostura,
hay que tomar medidas drásticas. (*Pausa.*)
Me habría gustado ver cómo acaba la función,
pero la prudencia me aconseja otra cosa.
También me habría gustado recuperar la chaqueta.
Sobre todo por las tarjetas de crédito y las llaves.
En fin... No se puede tener todo.
(*Mientras habla se quita el bigote, lo mete en el bolsillo de la chaqueta, se la
quita y la deja sobre el sofá.*)
Por lo menos recuperaré el abrigo.
Fuera hace un frío de mil demonios.

Sale por 2.

Por 4 entra GLORIA con el vestido rojo.

GLORIA.—

¿Qué pasa? ¿Dónde estás? ¿Por qué
no has venido? Hace rato que te espero.
(*Se mira al espejo dando vueltas.*)
Mira, me he puesto el vestido rojo,
¿te acuerdas? El que te gustaba tanto.
Lo he guardado todos estos años pensando
que todo acaba volviendo, los hombres y las modas.

Entra el CABALLERO por 2 con el abrigo puesto.

CABALLERO.—

¡Gloria!

GLORIA.—

¿Dónde te habías metido?
¿Y qué haces con el abrigo puesto?

CABALLERO.—

Tenía... un poco de frío...
¿Y tú? ¿por qué no estás en tu habitación?

GLORIA.—

Como no venías...

CABALLERO.—

¿Quieres decir que él... que yo...

que nadie...? Gloria, querida, me voy.
Las cosas se han complicado un poquito.
Mañana te llamaré para explicártelo...

GABRIELLE (*dentro*).—
¡Socorro!

CABALLERO.—
Demasiado tarde.

24

Por 3 entra GABRIELLE en calzoncillos.

GABRIELLE.—
¡Auxilio!

GLORIA *lo mira sin entender nada.*
El CABALLERO, a espaldas de GLORIA, se quita el abrigo y se vuelve a poner la chaqueta y el bigote de GABRIELLE.
COPONIUS entra por 3 con un cuchillo de cocina en la mano.

COPONIUS.—
¡Maldito pervertido, te voy a matar!

GLORIA.—
¡Coponius!

GABRIELLE (*poniéndose detrás de GLORIA*).—
Aiuto, signora, che mi ammazza!

COPONIUS.—
¡Otro que se empeña en hablarme en italiano!
¿Os habéis vuelto todos locos?

GLORIA.—
Calma, hombre, cálmate. ¿Qué haces aquí?
¡Y con un cuchillo! (*Señalando a GABRIELLE*) ¿Y este personaje,
quién es?

COPONIUS.—
Un violador. ¿No le ves la pinta?

GABRIELLE.—
Yo sólo cumplía órdenes. Él...
es decir, usted, me contrató...

COPONIUS.—
¿Yo te contraté? ¿Yo te contraté

para que te metieras en la cama con Silvia?

GABRIELLE.—

No, no, el detective, ¿no se acuerda?

COPONIUS.—

No digas bobadas. Yo contraté
a aquel señor del bigote.

GLORIA *se da la vuelta y ve al CABALLERO con la chaqueta y el bigote.*

GLORIA.—

Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!

CABALLERO (*en voz baja*).—

Disimula. (*A GABRIELLE*) Y usted, quienquiera que sea,
póngase esto (*Le tira su abrigo.*) Esta en presencia de una dama.

GABRIELLE *se pone el abrigo, que le llega hasta los pies.*

GABRIELLE (*al CABALLERO*).—

Dígale que yo...

CABALLERO (*en voz baja a GABRIELLE*).—

Calla, idiota, te está bien empleado por haberte equivocado de habitación

GABRIELLE.—

Es que yo no sé quién es Tapies.

GLORIA.—

¿Qué está pasando aquí?

COPONIUS.—

Dímelo tú. ¿Desde cuándo mi mujer
hace servir vuestra casa, tu propia habitación,
el lecho conyugal, para sus devaneos?

GLORIA.—

No seas malpensado. Silvia ha bebido una copa de más
y se ha ido a la cama. Le puede pasar a cualquiera.
Ricky ha ido a la farmacia a buscar un producto
que le ha recetado Oriol.

COPONIUS (*señalando a GABRIELLE*).—

¿Y este fulano?
¿También se lo ha recetado Oriol?

GLORIA.—

No sé de dónde ha salido.

GABRIELLE.—

Signora, sono Gabrielle, il cameriero.

GLORIA.—

Ah. ¿Y qué hace sin ropa?

GABRIELLE.—

La ropa está en la habitación. Yo creía que usted... que su habitación... todo estaba a oscuras... y cuando he visto entrar a este señor con el cuchillo... como comprenderá, no era cuestión de perder la vida por los pantalones.

GLORIA.—

Me temo que voy entendiendo lo que pasa.

Por la puerta de entrada al piso entra RICKY con un paquete de la farmacia en la mano.

RICKY.—

¡Ya estoy aquí!

25

Todos quietos y en silencio. RICKY, viendo que nadie le da un explicación, se quita el abrigo y se lo da al CABALLERO creyendo que es GABRIELLE. El CABALLERO deja caer el abrigo al suelo GABRIELLE corre a recogerlo.

RICKY.—

Tengo la sensación de que en mi ausencia aquí ha pasado algo... y aún está pasando.

GLORIA.—

Nada que no pueda aclararse fácilmente. Gabrielle, traiga más bebida; la velada no ha hecho más que empezar. ¿Whisky? *(Todos dicen que sí con la cabeza.)* Ya lo ha oído, señor detective.

GABRIELLE.—

Sissignora... Ma cosí, in mutande...

Se abre el abrigo para recordar que todavía va en calzoncillos.

RICKY lo mira desconcertado.

GLORIA.—

Ah, sí, tiene razón. Un hombre no puede ir por el mundo

sin sus atributos.

(Le quita el bigote al CABALLERO y se lo da a GABRIELLE.)

Tenga, póngase esto. Ahora

Ya puede servir las bebidas.

(A COPONIUS) Y tú, dame este cuchillo.

(COPONIUS le da el cuchillo a GLORIA y ésta a GABRIELLE.)

El señor ya no lo necesita,

lléveselo a la cocina

y métalo en la lavaplatos.

GABRIELLE sale por 1 con el cuchillo y el abrigo de RICKY.

COPONIUS.—

Entonces éste era...

GLORIA.—

El detective

que contrataste para que espicara a Silvia.

Vergüenza habría de darte.

COPONIUS.—

Es ella la que se debería avergonzar

de darme motivos de espionaje.

GLORIA.—

Pues ya has visto el resultado.

COPONIUS.—

No me lo puedo creer: Silvia...

con este miserable.

GLORIA.—

Y encima tú vas, y le pagas.

CABALLERO.—

Cuando se bebe uno tiene la manga

más ancha.

COPONIUS *(al CABALLERO)*.—

¿Y usted quién es?

CABALLERO.—

Un amigo de la casa, para servirle.

En realidad, usted y yo nos conocimos

hace unos años, no sé si se acuerda:

en el palco presidencial del Barça,

con el señor Núñez...

COPONIUS.—

Ah, sí, es verdad.
 Perdona que no le haya reconocido.
 Estoy un poco alterado. Como ha visto,
 motivos no me faltan.
(Se dan la mano.)
 ¿Pero qué hacía usted vestido de camarero
 y con el bigote de mi detective?

CABALLERO.—
 Nada: una broma. Se lo iba a explicar,
 pero venía usted tan indignado, hablando de una pistola
 y de su mujer...

RICKY.—
 ¿Una pistola? Coponius, ¿de qué habla
 este individuo?

COPONIUS.—
 De mi revólver.
 Ha desaparecido del cajón.

RICKY.—
 ¿Y crees que puede estar aquí?

COPONIUS.—
 Estoy seguro de que Silvia lo ha cogido.

GLORIA.—
 Es natural: si tu la persigues con un cuchillo...

*Entra GABRIELLE por 1 con una bandeja y las bebidas. Se ha quitado el abrigo del
 CABALLERO y se ha puesto un delantal de cocina que le llega hasta los tobillos. Sólo
 cuando se vuelve de espaldas se ve que todavía va en calzoncillos.*

RICKY.—
 ¿Y dónde está ahora la pistola?

GLORIA.—
 Lo mismo da. Las bebidas
 ya están aquí. Borrón y cuenta nueva.
 Brindemos. *(Levanta la copa.)* Salud.

Todos brindan menos COPONIUS.

TODOS.—
 ¡Salud!

GABRIELLE sale por 2.

GLORIA.—

Coponius, ¿tú no bebes?

COPONIUS.—

No. Yo me voy. Aquí no tengo nada que hacer. Ni aquí ni en ninguna parte. Pero no quiero estar en vuestra compañía. *(Al CABALLERO)* A usted, que parece un señor, le debo una explicación. No será larga. Nací en el seno de una familia pobre, numerosa y desunida. No recibí educación ni afecto, ni nada que pudiera predisponerme al triunfo. Y para colmo, ya ve usted, no tengo un físico demasiado agraciado. De inteligencia tampoco ando sobrado. Pero con perseverancia hice el bachillerato y hasta conseguí hacer una carrera en la Universidad cuando no era fácil ingresar para quien no pertenecía a una clase acomodada. Nunca encontré el camino sembrado de rosas. En la Facultad de Letras empecé a tratar a las chicas. Antes apenas me había fijado en ellas: tenía otras ocupaciones. Ahora, en cambio, en el patio de la Facultad de Letras, y sobre todo en las clases de lingüística aplicada, las chicas se convirtieron para mí en una obsesión. Las miraba y me decía: ¡A la mierda Saussure y a la mierda la gramática generativa! Nada me interesaba tanto en el mundo como las chicas. Yo sabía, por supuesto, que con mi facha, pobre y un poco corto de entendederas, poca fortuna podía esperar en este terreno. Ellas aceptaban mi compañía, pero lo hacían movidas por la curiosidad o por la compasión. Yo sufría y pensaba: con la que me quiera de veras, sin reservas ni sentimentalismos, me casaré, y haré por ella todo lo que puede hacer un ser humano y más aún. La cubriré de riquezas, le daré todos los caprichos... *(Pausa.)* ¿Usted qué opina?

CABALLERO.—

Que está más chiflado que una regadera.

GLORIA.—

No le hagas caso. Todos esto son fantasías. Nos caía bien porque era simpático y buena persona. Más tarde, cuando se volvió engreído y prepotente, consiguió dar pena de verdad.

COPONIUS.—

A mí la que gustaba en aquella época era Gloria. Pero ella no me hacía el menor caso,

ni a mí ni a nadie, era fría, ambiciosa
y altiva; todo le parecía poco para ella. Al final,
como pasa siempre, se casó con el único infeliz
que le aguantaba los humos, o que le los creía.
Después del segundo hijo se sintió decepcionada
y le puso unos cuernos que llegaban al techo.
Al final tuve que conformarme con Silvia.
Era atractiva y agradable, tenía todas las virtudes
y un sólo defecto: estaba mal de la azotea.
Sin duda por eso se caso conmigo. Si no,
¿a santo de qué? Pero a mí no me importaba:
yo era feliz, porque la amaba sinceramente,
con todo mi corazón. Todavía la amo. Por ella
abandoné la Lingüística y me hice rico.
Por ella abandoné mi vocación, señor,
por ella me introduje en un mundo que odiaba.
Para que ellos pudieran seguir hablando de Lacan
y de Bakhtin, de Derrida, señor, de Deleuze
y de Baudrillard, yo tuve que ocuparme
de cosas serias. Estoy hablando de la Bolsa,
señor, del mercado de divisas, de opciones y de futuros.
Hablo de los índices generales y del Mibor, señor,
de Carburos Metálicos, señor, de Aguas de Barcelona,
¿de esto estoy hablando! De Gas Natural, señor, de Argentaria
y de Duro Felguera. Estoy hablando de Repsol y Petrocat,
señor, de Telefónica y del BBV.
De esto han vivido ellos y sus hijos, e incluso
se ha podido comprar una casa como ésta.
Mire a su alrededor, señor: lujo moderno,
que es el más caro. Todo pagado con mi dinero.
Yo lo he hecho todo. No por ambición personal,
sino por amor. Siempre hice lo que ella quiso,
hasta poner dinero en esta empresa absurda
y ruinosa que ellos denominan “editorial”.
Un pozo sin fondo, señor. Si le han dicho otra cosa
le han engañado.

RICKY.—

¡No estoy de acuerdo en absoluto!

GLORIA.—

Déjale que se desahogue, Ricky, ¿qué más da ya?

COPONIUS.—

Al cabo de un tiempo descubrí que nada de todo aquello
había servido: ni los sentimientos ni los esfuerzos,
ni siquiera el dinero. Silvia me engañaba con otro.
Y estos dos, a los que yo consideraba mis amigos,
lo sabían, se reían y callaban. Comprendí

que no pertenecía a su mundo, que era un extraño
sentado a su mesa, que toda la felicidad
no había sido más que un sueño.

Ahora vuelvo a estar en el punto de partida,
pero habiendo perdido la juventud y la esperanza.
(*Pausa.*)

He venido a buscar la pistola para matar a Silvia,
pero me temo que si la hubiera encontrado,
me habría matado a mí mismo. He hablando
demasiado. Me voy. (*Inicia la salida.*)

GLORIA.—

¿No traías abrigo?
Hace un frío que pela. Lo han dicho por la radio.

COPONIUS.—

Ya lo sé, pero no te preocupes,
tengo el coche aquí mismo. Adiós.

COPONIUS *sale por la puerta de entrada.*

26

RICKY (*Al CABALLERO*).—

Es un buen amigo y un hombre
muy bien educado. Se ve que hoy tiene un mal día.

CABALLERO.—

No hay cosa más retorcida
que un capitalista sentimental.

RICKY (*A GLORIA*).—

¿Crees que lo hará?

CABALLERO.—

¿Matarse?
Yo creo que sí. No le queda otra salida.
Cuando un hombre sabe que su mujer
pertenece a otro, o le pega un tiro a ella
o se lo pega él mismo.

RICKY.—

¿Habla en serio?

GLORIA.—

No, hombre, no, ¿no ves
que te está tomando el pelo? Y por Coponius
no te preocupes. ¿Cuándo has visto
que uno que se quiere suicidar

vaya a casa de los amigos
preguntando si han visto su revólver?
Ya se le pasará.

CABALLERO.—

¿Y Silvia?
¿No corre peligro?

GLORIA.—

¿De qué?
¿de que él la mate? No lo creo.
Es un hombre apasionado, y los hombres
apasionado hacen daño, pero no matan.
Para matar a alguien no hace falta
una pasión muy grande. Con una arma
y una buena ocasión hay suficiente.
(*Abre el cajón donde ha escondido la pistola y saca la pistola y la agenda de
SILVIA.*) Hace tiempo que sabía
que Silvia engañaba a su marido,
pero nunca me dijo el nombre de su amante.
Y he aquí que de pronto, esta noche, sin querer,
hojeando su agenda, he descubierto...

RICKY.—

Gloria...

GLORIA.—

¿De qué tienes miedo, Ricky?
¿De tener que confesar tu secreto
o de verme con una pistola en la mano?

RICKY.—

Ni de lo uno ni de o otro. (*Pausa.*) No sé
qué piensas hacer: a lo mejor pegarme un tiro.
A estas alturas sería un poco exagerado,
pero, ¿quién entiende a las mujeres?
Y en última instancia, lo mismo me da.
Para ti sería un crimen o una venganza. Para mí,
sólo un accidente. No me siento un criminal
camino del patíbulo. Yo no he cometido
ninguna infamia. Lo que dices es cierto:
Silvia y yo hemos tenido una breve relación
pasional. Puedo explicarlo todo.

CABALLERO.—

No lo hagas, Ricky. En estos casos
lo mejor es negarlo todo. Ella no es quién
para hacerte reproches.

GLORIA (*al CABALLERO*).—
Tú calla.

CABALLERO.—
Esta empresa pierde socios
a un ritmo vertiginoso.

RICKY.—
Todo empezó hace unos años, cuando Gloria,
por razones que entonces ignoraba
y que ahora empiezo a entender, se fue alejando de mí.
Los primeros meses me sentí desconcertado,
dolido y humillado. Luego me acostumbré. Comprobé
que mi caso era mucho más común de lo que yo pensaba,
al menos en el círculo de mis amigos y conocidos.
Desde que la mujer ha dejado de ser un objeto de deseo...

GLORIA.—
Por favor, nada de sociología.

RICKY.—
El celibato, si uno se lo toma bien, es un estado más confortable
de lo que cabría pensar. Desde el punto de vista físico
y, sobre todo, mental. Mejora el rendimiento
y estado general de la persona. (*Pausa.*) Así
pasé unos años. Pero un día, de repente,
ocurrió algo extraño. Yo estaba,
no recuerdo por qué motivo, en las Piscinas
Picornell. Iba vestido, con zapatos,
corbata y cartera, posiblemente me reclamaba
en aquel lugar una gestión comercial.
Por pura coincidencia Silvia también estaba allí.
Recuerdo que llevaba un traje de baño de color
azul cielo. No me vio, a pesar de que yo llamaba la atención,
tan emperifollado entre gente desnuda.
Se disponía a zambullirse. Me quedé quieto,
al borde del agua, en suspenso: no respiraba
ni me latía el corazón, como si aquel salto
fuera cuestión de vida o muerte. Cuando su cuerpo
atravesó el agua de la piscina, la salpicadura
reflejó un rayo de sol, formando un arco iris.
En aquel instante comprendí que la suerte
estaba echada. Silvia nadó hasta la otra punta
de la piscina, subió por la escalera y se fue directamente
al vestuario. La seguí sin saber lo que hacía.,
me metí en el vestuario. Las mujeres que había allí
no dijeron nada. Vestido y con cartera, me tomaron
por un inspector de la Generalidad. Recorrí
el vestuario de señoras metiendo la cabeza

en todas partes. Silvia estaba en la ducha.
 Le dije: ven. Se secó y se vistió sin decir nada.
 Fuimos a un hotel cerca de Sitges. Más tarde
 ella misma me contó que nuestro encuentro
 se había debido al azar más extraordinario,
 porque ella no iba nunca a las Piscinas Picornell,
 pero que aquella tarde, en su casa o en el despacho,
 había sentido un gran desasosiego y entonces
 recordó que alguien le había hablado de las Piscinas
 Picornell. Sólo por este motivo había decidido ir.
 En aquella milagrosa casualidad, me dijo,
 podía verse la mano del destino, contra el cual
 nada podíamos hacer, ni nosotros ni nadie.
 Por eso me siguió sin decir nada cuando yo
 asomé la cabeza por la ducha del vestuario de señoras.
 Esta historia que acabo de contaros sucedió
 hace poco más de un año. Los primeros meses
 nos reuníamos a menudo a escondidas. Yo
 jamás tuve problemas. Para Gloria
 es como si yo no existiera. Pero Coponius
 se dio cuenta en seguida de lo que pasaba.
 Después de la separación no nos hemos vuelto a ver,
 fuera de horas de oficina. Ésta es mi historia,
 en dos palabras. Todo pasó de repente,
 cuando menos lo esperaba. Después de tantos años
 de vida tranquila, esta aventura ha sido un torbellino,
 una cosa tan desusada y tan violenta,
 que acabarla de tiro no me parecería extraño.

GLORIA *baja la pistola. Sonríe.*

GLORIA (*sin ningún dramatismo*).—

No tengáis miedo. No haré daño
 a nadie, ni a ti, ni a ti, ni a mí. O, al menos,
 no os lo haré queriendo. Para hacer daño
 hay que tener más fuerza que la que yo tengo:
 quizás odio, o amor, o deseo de venganza:
 pasiones del alma o del cuerpo. A mí
 je no me quedan. Ya no soy
 nadie, estoy aniquilada. No tengo
 inteligencia ni voluntad, y la memoria
 no es más que una fuente de vergüenza.
 Desde pequeña he creído que había que luchar
 para conseguir lo que quería. Este ha sido
 mi error. No quería lo que pensaba que quería,
 ni quería luchar. En esta lucha todo el mundo pierde.
 ¿Quién nos ha hecho creer que lo que conseguimos
 con esfuerzo nos hará mas felices? El esfuerzo
 sólo sirve para ir tirando, para sobrevivir

de día en día, de año en año. Lo que soñamos
no tiene nada que ver con esta lucha. Y la felicidad
es una visita inesperada, que no siempre nos encuentra
en la mejor disposición para atenderla.

(Se mira en el espejo atentamente.)

Me estoy haciendo vieja. Me miro en el espejo
y en vez de verme a mí,
veo el balance de mi vida.

(Se vuelve a RICKY.)

Me pregunto si hubo un tiempo
en que mi dignidad estaba intacta,
si en algún momento he sido
realmente inocente. *(Mirando la pistola)* No,
no se puede lavar el pasado
añadiendo culpa a la culpa.

RICKY.—

No te entristezcas, Gloria. Todos hemos tenido momentos
de desfallecimiento. Todos hemos traicionado nuestros principios
y a las personas que nos quieren, y también
a las que más queremos. Pero el remedio
no está en la fuerza, ni en la humillación,
sino en la comprensión y el perdón.

GLORIA.—

El perdón no, Ricky. Quizá Dios Nuestro Señor
puede perdonar; pero nosotros no tenemos competencia.
Para nosotros, lo hecho, hecho está. Como máximo
os puedo absolver. La absolución sirve
para evitar el castigo; no la culpa. Para la culpa
no hay perdón, ni para vosotros, ni para mí.
Absolver, en cambio, es bien sencillo:
yo os absuelvo, a ti y a ti y a mí también.
Todos absueltos. Ahora puedo absolveros,
porque tengo la pistola. Antes no habría tenido
sentido. ¿A quién le importa el perdón de una mujer
que no te está apuntando a la cabeza,
y qué clase de virtud es la generosidad
cuando no tienes más remedio que ser generosa?
Quizás los seres humanos seríamos más felices
si siempre lleváramos encima una pistola.

RICKY.—

Bien dicho, Gloria. Así me gusta
verte. Al fin y al cabo, vivir es aprender
a aceptarnos como somos. Anda, ven,
la noche es joven y aún queda bebida
y canapés. Brindemos. Y dame la pistola,
que pareces un personaje de Ángel Guimerà.

GLORIA *le da la pistola. RICKY apunta al CABALLERO.*

GLORIA.—

Ricky, ¿qué haces?

RICKY.—

La absolución
le ha sido denegada en segunda instancia.

CABALLERO.—

Espera un momento, Ricky, no te precipites:
todo lo que he dicho lo he dicho en broma,
y aunque fuera verdad,
todo se puede negociar entre caballe...

RICKY *dispara a sangre fría. El CABALLERO cae al suelo.*)

GLORIA.—

¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!
(*Cae al suelo desmayada.*)

RICKY.—

Nadie se ríe impunemente
de la pequeña y la mediana empresa.
¡Gabrielle!

27

Entra GABRIELLE por 4. Ya va vestido.

GABRIELLE.—

Sapristi!

RICKY.—

Gabrielle, hágame un favor: llame
a la policía y dígame que he matado a un hombre
a sangre fría. A la señora no le pasa nada.
Se ha mareado, pero en seguida estará bien.
Cuando hable con la policía, puede decirle
que no soy peligroso. No quiero
que me destrocen la casa,
con lo que nos ha costado la restauración.
Cuando haya hecho esta llamada, ya se puede ir.
(*Se mete la mano en el bolsillo y saca unos billetes.*)
Tenga, sus honorarios. Mire si es conforme.

GABRIELLE(*mirando la pistola*).—

De ningún modo, señor.

¿El señor desea un recibo?

RICKY.—

No hace falta. Me parece que el año que viene no tendré que hacer declaración de renta.

GABRIELLE.—

Como guste. Adiós, señor. (*Hace una reverencia al cuerpo de GLORIA.*)
Signora, addio.

GABRIELLE *se quita el bigote, lo deja sobre la mesa y sale por 2.*

RICKY *sigue un mosquito con los ojos, se encoge de hombros, deja caer la pistola en el sofá y empieza a servirse un whisky.*

Por 3 *entra SILVIA, medio dormida, despeinada, descalza y con el vestido desabrochado y arragado. Arrastra por el suelo el abrigo de pieles.*

SILVIA.—

Hola, Ricky, ¿estás solo?

(RICKY *dice que sí con la cabeza y le ofrece el whisky. SILVIA lo rechaza.*)

No, gracias; no me conviene. Me parece que por hoy ya he bebido bastante.

Me duele la cabeza y recuerdo vagamente haberme quedado dormida en mitad de la negociación.
(*Señalando los cuerpos del CABALLERO y de GLORIA.*)

Por suerte veo que no soy la única.

(*Pausa.*) Nunca me había pasado, dormirme como un tronco

en mitad de una reunión de negocios.

Ha sido una siesta de lo más tranquila

y agradable. Hasta he soñado... ¿qué pasaba

en el sueño? Lo quiero recordar y se desvanece como el humo. Sólo recuerdo que estaba sola,

en medio de un lugar sin límites. La luz menguaba

y a la vez todo se iba volviendo blanco. Los sueños

son como son. A veces las cosas más normales

cuando las soñamos nos dan miedo. En mi sueño

también había un espejo, como éste.

(SILVIA *se mira al espejo y se arregla el cabello y el vestido.*

Mientras habla, RICKY va bebiendo y la va mirando con ternura.)

Yo me miraba y veía una cara

con mis rasgos, pero era la cara

se un ser extraño, como la cara

de un ánima bendita. Pensé: estás en el limbo.

No sé por qué se me ocurrió esta idea

absurda. Del limbo no habla nunca nadie.

El limbo es el sitio adonde van los bebés

que mueren sin haber recibido el bautismo;

y un sitio lleno de bebés no excita

la imaginación de los poetas. El castigo

de los que van al limbo es pasar inadvertidos,
 ser olvidados, y no tener ningún papel
 en la comedia divina. Un lugar desolado, oscuro,
 lleno de bebés abandonados, esperando
 que vengan a recogerlos unos padres
 que jamás llegarán. Yo no quería ir allí,
 al limbo. En sueños pensaba: mejor el infierno.
 El infierno, al menos, está lleno de adultos. Entonces
 vi venir una sombra, la sombra de alguien
 que yo no conocía, y se acercó
 y me estrechó en sus brazos, sin decir nada,
 y me llenó de su calor; y yo
 le di el alma y el cuerpo;
 y en aquel breve instante sentí
 toda la felicidad que durante muchos años
 había tenido encerrada en el corazón. Ahora,
 sin embargo, al despertar de este sueño maravilloso,
 me duele todo el cuerpo, como si me hubiera caído
 escaleras abajo dando volteretas. Hablo demasiado,
 me voy.

RICKY.—

Te pediré un taxi.

SILVIA.—

No te molestes.

Coponius me estará esperando,
 sentado en el coche, oyendo la radio.

RICKY le ayuda a ponerse el abrigo. Cuando lo tiene puesto, SILVIA se da la vuelta. SILVIA y RICKY se quedan mirando un rato el uno al otro. Finalmente, SILVIA le tiende la mano. RICKY y SILVIA se dan la mano. SILVIA sale por la puerta del piso. RICKY se acaba el whisky, se agacha junto a GLORIA, le toma el pulso, comprueba la respiración, le da unos golpecitos en la cara. GLORIA se despierta, se levanta ayudada por RICKY, mira el cuerpo del 3.

GLORIA.—

Ya me parecía a mí
 que no me tenía que haber puesto el vestido rojo.

GLORIA y RICKY *se miran*. RICKY *sonríe*.

RICKY.—

Ya ha pasado todo, Gloria.

GLORIA.—

Y ahora, ¿qué?

RICKY.—

Ahora, esperar
 a que venga la policía.
(Sirve un whisky para GLORIA y otro para sí mismo. Beben.)
 De todo lo que has dicho
 sólo había una cosa que no era verdad.
 No has envejecido. Yo te veo igual
 que cuando te conocí, en el Patio de Letras
 de la Universidad. Tienes la misma cara,
 la misma sonrisa, cuando sonríes,
 las mismas piernas y el mismo cuerpo.
 Y la verdad es que este vestido
 te sienta muy bien. Hacía años
 que no te lo ponías.

GLORIA.—
 Nunca encontraba la ocasión.
(Pausa.) ¿Todavía te gusta?

RICKY.—
 Ya sabes que sí.
(Pausa.) La policía tardará media hora en llegar.
 ¿Por qué no la aprovechamos?

GLORIA.—
 Todo lo quieres hacer de prisa...
 Quiero decir que has bebido demasiado.

RICKY.—
 Te acabo de hacer una proposición.

GLORIA.—
 Ricky, ya sabes que no puede ser.

RICKY*(mirando el cuerpo del CABALLERO)*.—
 Me hago cargo, pero, ¿y después?

GLORIA.—
 No hay después, Ricky.

RICKY.—
 Quiero decir, cuando salga de la cárcel,
 dentro de dos o tres meses...
 Si hemos esperado tantos años...

GLORIA.—
 Demasiados, Ricky. *(Pausa.)* Hace un tiempo
 me lo jugué todo a una carta. Y perdí.
 Todos estos años he vivido pensando
 que quizás el fracaso no era definitivo,

que tendría una segunda oportunidad.
 Pero esta noche he comprobado que para mí
 no hay más oportunidades, y que la espera
 sólo ha sido un engaño. No lo digo con tristeza;
 el desengaño ha sido una liberación; ahora
 vuelvo a ser yo misma. Ahora puedo seguir
 viviendo conmigo misma y no
 con una extraña que se hacía pasar por mí.
 Pero esta nueva vida
 la he de hacer yo sola, Ricky.

RICKY.—

¿Quieres decir que te vas y me dejas...
 solo..., criminalizado, con los hijos
 y cargado de deudas?

GLORIA.—

Los chicos ya son mayores y hoy en día
 tener un padre en la cárcel no es una ignominia. Seguro
 que te encontrarán más interesante. Y yo también.
(Pausa.) Me voy a hacer la maleta.

RICKY.—

¿Te ayudo?

GLORIA.—

No. Más vale
 que te vayas haciendo la tuya.
 En Can Brians necesitarás ropa limpia
 y el neceser.

GLORIA *va hacia la puerta 3*. RICKY *se queda solo*.

RICKY.—

Me parece que ha llegado el momento
 que tanto temía: sin mujer y encerrado en la cárcel
 ya no tengo excusa para no escribir una novela.

RICKY *sale por la puerta 4*.

28

*La escena se queda vacía con el cuerpo del CABALLERO en el suelo.
 Por GLORIA entra GABRIELLE, con la bufanda y la maleta que traía al llegar. Al brazo
 lleva la chaqueta y el abrigo del CABALLERO. Deja la maleta en el suelo y la
 americana y el abrigo en el sofá.*

GABRIELLE *(agachándose al lado del CABALLERO)*.—

Señor..., señor, ¿se encuentra bien?

CABALLERO (*abriendo los ojos*).—
¿Estoy muerto?

GABRIELLE.—

No, señor. Al oír el tiro
el señor se ha desmayado de la impresión.
Mire, no hay sangre en la camisa ni en ningún sitio.
Además, si el señor estuviera muerto,
yo no estaría aquí, porque estoy vivo.

CABALLERO.—

Entonces el disparo...

GABRIELLE.—

No ha sido nada.
Cuando llegó la señorita Silvia
y me dio el bolso y el abrigo,
aproveché la ocasión para registrarla,
encontré la pistola y por si las moscas
la cambié por otra de juguete
que siempre llevo encima.
Ahora soy detective y no puedo
perder un cliente. Dicen que las armas
las carga el diablo.

CABALLERO.—

Y las descargan
los humanos. No sé qué es peor.
(*Se levanta poco a poco.*) Ay, ay, me parece que me he hecho daño
en la rodilla. Me veo haciendo recuperación otra vez.
Ay, esto no me pasaba antes. Me estoy haciendo viejo.
Ayúdame a ponerme la americana y el abrigo.

GABRIELLE (*ayudando al CABALLERO*).—

¿Sabe una cosa, señor? A fin de cuentas
la cosa no nos ha salido tan mal. Yo he cobrado
y encima he pasado un rato inolvidable
con la señorita Silvia. ¡Quién hubiera imaginado
tanta fogosidad con aquella apariencia de mosquita muerta!

El CABALLERO y GABRIELLE van hacia la puerta de entrada al piso. El CABALLERO cojea un poco, y camina apoyándose en el hombre de GABRIELLE.

CABALLERO.—

Por cierto, tengo entre manos una operación comercial
de cierta envergadura, y ando buscando inversores.
La ganancia está garantizada y el riesgo es mínimo.

Si tienes ahorros y no sabes dónde ponerlos...

GABRIELLE.—

Andiam, andiam, padrone.

GABRIELLE y el CABALLERO salen. GABRIELLE cierra la puerta del piso a sus espaldas.

29

La escena vacía unos instantes.

Por la puerta 3 entra GLORIA con una maleta pequeña con ruedecitas.

Casi a oscuras, no se da cuenta de que el cuerpo del CABALLERO ha desaparecido.

Va a las ventanas, abre las cortinas. Fuera se ve la terraza. Está nevando. Por la radio, que se ha encendido no se sabe cómo, se oye otra vez la voz del LOCUTOR que se oía al principio de la obra.

GLORIA se queda mirando la nieve un instante.

VOZ DEL LOCUTOR.—

Pues sí, nieva, y nieva intensamente en todo el principado, incluso en la ciudad de Barcelona, donde la nieve, en la Plaza Cataluña, alcanza ya un grosor de doce centímetros. Y está previsto que continúe nevando toda la noche y mañana, hasta bien entrado el día. Las temperaturas, como decíamos antes, muy bajas, por debajo de los cero grados en todas partes. Por lo tanto, ya saben, nada de salir de casa. (*Mientras el LOCUTOR va hablando, GLORIA va hacia la puerta de la casa. Mira a su alrededor por última vez y sale. El escenario vacío.*) Bien pensado, no tendríamos que salir nunca de casa, porque se está tan bien... Pero la vida, a menudo, no nos deja otra alternativa. Somos como somos, qué remedio. Así que, si a pesar de todo deciden salir, tengan cuidado, porque la noche, como ya he dicho, es fría. Y aunque mañana volverá a salir el sol, no se fíen, porque volverá a llover y a hacer frío, y habrá otra vez nieve y pedrisco. Y luego otra vez sol. Y así siempre jamás. Que tengan muy buenas noches.

TELÓN